

COLONIALISMO, GÉNERO Y PERIODISMO.
CUATRO MUJERES ESPAÑOLAS EN LAS GUERRAS
CON MARRUECOS (1909-1927):
CARMEN DE BURGOS, CONSUELO GONZÁLEZ RAMOS,
TERESA ESCORIAZA Y MARGARITA RUIZ DE LIHORY¹

Manuela Marín
Madrid

RESUMEN

Las guerras coloniales entre España y Marruecos (desde 1909 hasta 1921) atrajeron a muchos periodistas corresponsales de guerra. Cuatro de ellos eran mujeres: Carmen de Burgos (1909), Consuelo González Ramos (1912), Teresa de Escoriaza (1921) y Margarita Ruiz de Lihory (1921). Aquí se presentan y analizan los artículos y libros que escribieron sobre este largo conflicto bélico, tomando en cuenta tanto su posición respecto al colonialismo y la guerra como el hecho de ser mujeres que tuvieron un papel independiente en un contexto normalmente reservado a los hombres.

PALABRAS CLAVE: Colonialismo y género, Guerras de Marruecos (1909-1921), corresponsales de guerra (mujeres).

ABSTRACT

The colonial wars between Spain and Morocco (from 1909 to 1921) attracted many journalists acting as war correspondents. Four of them were women, namely, Carmen de Burgos (1909), Consuelo González Ramos (1912), Teresa de Escoriaza (1921) and Margarita Ruiz de Lihory (1921). Their articles and books related to the Moroccan wars are here presented and analyzed, taking into account the position of their authors towards colonialism and the war, as well as their role as women acting independently in a context usually restricted to men.

KEY WORDS: Colonialism and gender, Moroccan wars (1909-1921), war correspondents (women).

INTRODUCCIÓN

En la amplia y diversa literatura colonial española sobre Marruecos, que cubre un periodo centenario —aproximadamente desde mediados del siglo XIX hasta mediados del XX—, son muy escasos los nombres de mujeres que aparecen como autoras de textos, sean éstos del carácter que sean. Existen, sí, testimonios de



algunas viajeras que hicieron públicos los recuerdos de su experiencia en Marruecos, pero la brevedad de su nómina (que cuenta con uno de los más interesantes relatos de toda esa literatura colonial, como es el de la escritora catalana Aurora Bertrana, publicado por primera vez en 1936)², sobre todo cuando se la compara con la de las viajeras inglesas contemporáneas, refleja tanto las limitaciones del colonialismo español en Marruecos como las dificultades de las mujeres para tener un papel social relevante en la sociedad española de la época.

Cabría por tanto sorprenderse de que en esa escasa relación de nombres³ figuren cuatro mujeres que ejercieron, de manera más o menos formal, la actividad profesional de «corresponsal de guerra», profesión masculina donde las haya. Pero esa sorpresa ha de matizarse teniendo en cuenta dos factores: en primer lugar, la importancia de la «cuestión de Marruecos» en la vida política española del periodo en estudio y su vertiente acusadamente bélica, que requirió la presencia de innumerables corresponsales de prensa en el norte marroquí⁴; y, en segundo lugar, que fue precisamente la labor periodística la que ofreció un espacio de visibilidad activa a muchas mujeres dispuestas a ganarse la vida con su pluma⁵. Como se verá después, todas estas corresponsales de guerra tuvieron otras muchas áreas de actividad, pero mantuvieron una presencia importante en la prensa periódica (y en uno de los casos estudiados, también en la radio), gracias a la cual consiguieron una repercusión pública muy difícil de alcanzar por otros medios, salvo en casos excepcionales. Por otro lado, todas ellas, con los matices que luego se mostrarán, se expresaron y ejercieron como defensoras de los «derechos de la mujer», es decir, pertenecen por derecho propio a la historia del feminismo español. La conjunción de colonialismo, género y periodismo es de este modo inevitable a la hora de examinar los textos que de ellas se han conservado sobre su experiencia marroquí, marcada ineludiblemente

¹ Los primeros resultados de la investigación que ha dado lugar a este artículo se presentaron en un seminario de investigación en la Universidad de La Laguna el 4 de mayo de 2012. Agradezco a L. Serrano-Niza, que organizó el seminario, y a los participantes en él, sus comentarios y sugerencias al respecto.

² Véase R. CERAROLS RAMÍREZ, *Viajeras españolas en Marruecos. Literatura de viajes, género y geografías imaginarias*, Almería, Instituto de Estudios Almerienses, 2009. Sobre Aurora Bertrana, a la que R. Cerarols dedica especial atención en esta obra, v. también M.D. GARCIA RAMON, «Aurora Bertrana: una mirada de dona al Protectorat espanyol del Marroc», en M.D. GARCIA RAMON, J. NOGUÉ y P. ZUSMAN (eds.), *Una mirada catalana a l'Àfrica. Viatgers i viatgeres desl segles XIX i XX (1859-1936)*, Lleida, Pagés, 2008, pp. 221-235.

³ A las citadas en el título de este artículo deben añadirse, además de A. Bertrana, los nombres de María del Carmen Jiménez de Noguera y Mercedes Sáenz-Alonso Gorostiza. La cubana Isabel Lora Yero también publicó un breve libro de impresiones de viaje por España y Marruecos en 1930.

⁴ Véase el capítulo 5 («El traidor enemigo 1909-1927») de la obra de E. MARTÍN CORRALES, *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica: siglos XVI-XX*, Barcelona, Bellaterra, pp. 125-149, 2002.

⁵ J. DE ANDRÉS ARGENTE, «Oficio de escritoras», en A. BERNÁRDEZ RODAL (ed.), *Escritoras y periodistas en Madrid (1876-1926)*, Madrid, Área de Gobierno de Empleo y Servicios a la Ciudadanía, 2007, pp. 37-65.

por el enfrentamiento bélico entre España y Marruecos, es decir, por una empresa colonial de conquista y explotación territorial⁶.

CARMEN DE BURGOS (1867-1932)

La figura de Carmen de Burgos Seguí, largo tiempo ocultada por la censura franquista, ha sido objeto después de una atención tan pormenorizada que me permite excusarme ahora de recomponer al detalle los hechos más importante de su vida y su obra, para las que remito a estudios importantes que han rescatado su papel como escritora y feminista, así como su trayectoria biográfica. Me limitaré por tanto a señalar que esta autora nacida en Níjar (Almería), casada y madre muy joven, inició una nueva vida con su traslado a Madrid, ya separada de su marido y acompañada de su para entonces única hija, para iniciar allí una trayectoria vinculada a su actividad como maestra de primera y segunda enseñanzas, así como de publicista, escritora de ficción, periodista y figura relevante de los círculos intelectuales de su época, en los que destacó asimismo como defensora de los derechos de las mujeres, en especial el relativo al divorcio matrimonial⁷.

Mucho de lo que Carmen de Burgos publicó se ocultaba bajo el seudónimo de «Colombine», y así firmó las crónicas que envió desde Marruecos durante la guerra de 1909, de las que luego extrajo el material para su novela corta *En la guerra*⁸. Dentro de la copiosa producción escrita de Burgos, es notable cómo este breve texto ha sido objeto de una atención específica en tiempos recientes, considerando, en general, la posible perspectiva pacifista de la autora y su relación con una mirada propia y condicionada por su género⁹. Tal avalancha de interés, producida sobre todo,

⁶ Sobre la relación género/colonialismo en el mundo árabe, véanse, entre otros y a título meramente orientativo, J. MABRO, *Veiled Half-Truths: Western Travellers' Perceptions of Middle Eastern Women*. Londres, I.B. Tauris, 1991; B. MELMAN, *Women's Orients. English Women and the Middle East, 1718-1918*. Londres, Macmillan, 1992; J. CLANCY-SMITH y F. GOUDA (eds.), *Domesticating the Empire: Race, Gender, and Family Life in French and Dutch Colonialism*. Charlottesville-Londres, University Press of Virginia, 1998; M.D. GARCIA RAMON, «Gender and the colonial encounter in the Arab world: Examining women's experiences and narratives». *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 21 (2003), 653-672, y R. LEWIS, *Rethinking Orientalism. Women, Travel and the Ottoman Harem*. Rutgers University Press, 2004.

⁷ C. NÚÑEZ REY, *Carmen de Burgos, Colombine (1867-1932). Biografía y vida literaria*. Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1991, y *Carmen de Burgos Colombine en la Edad de Plata de la literatura española*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2005; A. LOUIS, *Women and the Law. Carmen de Burgos, an Early Feminist*. Woodbridge, Tamesis, 2005. Véase también la página de la fundación Carmen de Burgos (www.carmendeburgos.org, consulta 04.02.13).

⁸ Publicada por primera vez en la serie «El cuento semanal», Madrid, 1909; volvió a aparecer junto con otros textos narrativos de la autora en Valencia, sin fecha. Hay una edición más moderna a cargo de C. Núñez Rey, *La flor de la playa y otras novelas cortas*, Madrid, Castalia, 1989. Las notas a esta obra corresponden en este artículo a la edición de Valencia.

⁹ J.J. WOOD, «A Woman Writing War in 1909: Colombine in Melilla». *Letras Peninsulares*, vol. XII (1999-2000), pp. 373-85; G. POZZI, «Carmen de Burgos and the War in Morocco». *MLN-*



aunque no exclusivamente, desde el mundo académico norteamericano, requeriría un análisis mucho más amplio del que aquí puede hacerse, por lo que voy a limitarme a señalar algunas cuestiones que a mi parecer no han sido suficientemente subrayadas u otras en las que difiero de las interpretaciones ofrecidas en la bibliografía reciente.

En ella se afirma con contundencia que Burgos fue la «primera» corresponsal de guerra española, lo que le concede un carácter pionero y adelantado a su tiempo, en el que, como han observado diversos autores, sólo los periodistas masculinos adquirirían tal carácter¹⁰. En realidad Colombine no fue enviada como tal corresponsal de guerra, y ha de hacerse hincapié en ello no para desmerecer su posición en el teatro de operaciones, sino para comprender las dificultades que encontró para hacerse un hueco en el torbellino informativo creado por el enfrentamiento bélico en el Rif¹¹.

La guerra había empezado el 9 de julio de 1909; para cuando Colombine llegó a Melilla, el 23 de agosto, su periódico (*Heraldo de Madrid*) tenía allí destacados a sus redactores Pedro Rocamora, Luis Bonafoux y Luis de Armiñán; en particular las crónicas de Rocamora (que poco después sería nombrado director del *Heraldo*) se publicaban a toda página en la primera, con gran aparato de ilustraciones fotográficas y con detallada descripción de las maniobras y operaciones militares. La llegada de Carmen de Burgos a Melilla fue anunciada, por su parte, en la prensa

Modern Language Notes, vols. 115/2 (2000), pp. 188-204; E. ZAPLANA, «Rewriting the *Patria*: War, Militarism and the Feminine *Habitus* in the Writings of Rosario de Acuña, Carmen de Burgos and Emilia Pardo Bazán». *Bulletin of Spanish Studies: Hispanic Studies and Researches on Spain, Portugal, and Latin America* (University of Glasgow), vol. 82 (2005), pp. 37-58; J.J. LÓPEZ BARRANCO, *El Rif en armas. La narrativa española sobre la guerra de Marruecos (1859-2005)*. Madrid, Mare Nostrum, 2006, pp. 74-77; J. LORENZO ARRIBAS, «Tensiones militarismo/antimilitarismo», en A. BARNÁRDEZ RODAL (ed.), *Escritoras y periodistas en Madrid (1876-1926)*, Madrid, Área de Gobierno de Empleo y Servicios a la Ciudadanía, 2007, pp. 125-162; A. RUEDA, «El dolor de la guerra: mujeres y cronistas de la campaña de Marruecos», en A. ENCINAR y C. VALCÁRCEL (eds.), *Escritoras y compromiso. Literatura española e hispanoamericana de los siglos XX y XXI*, Madrid, Visor, 2009, pp. 225-42; R. CERAROLS, «Paisaje y memoria: recreaciones literarias de la geografía bélica colonial en Marruecos». *Boletín de la A.G.E.*, vol. 51 (2009), pp. 219-248 (disponible en <http://age.ieg.csic.es/boletin/51/10-CERAROLS.pdf>); A. ZAPATA-CALLE, «En la guerra de Carmen de Burgos. Crítica del proceso de nacionalización e imperialismo español en Marruecos». *Decimonónica*, vol. 8, núm. 2 (2011), en http://www.decimononica.org/VOL_8.2/Zapata-Calle_8.2.pdf. Véase también S. MARTÍN-MÁRQUEZ, *Disorientations: Spanish Colonialism in Africa and the Performance of Identity*. New Haven & Londres, Yale University Press, 2008, pp. 164-174. No he podido consultar F. SARO GANDARILLAS, «Colombine en la campaña del Rif (1909)». *El Periódico Melillense*, 25/09/09 (en www.melillense.net se informa (con fecha 14 abril 2012) que han vaciado el contenido de la página al haberse disuelto la sociedad que la editaba).

¹⁰ Sobre los periodistas españoles que fueron destacados a Melilla durante la guerra de 1909, véase C. ALONSO, «Testigos y soñadores: periodismo, literatura y utopía colonial al filo de 1909», en *Homenaje al profesor Carlos Posac Mon*, Ceuta, Instituto de Estudios Ceutíes, 1998, III, pp. 229-250.

¹¹ La guerra de 1909 produjo una gran cantidad de actividad periodística y de publicaciones monográficas, que es imposible citar aquí en detalle (véase F. SARO GANDARILLAS, «Aproximación a una bibliografía crítica sobre la ‘Campaña del Rif’ de 1909». *Aldaba*, vol. 8, núm. 15 (1990), pp. 171-196). Entre los títulos recientes, v. M.R. DE MADARIAGA, *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*. Madrid, Alianza, 2005, pp. 43-71, y E. MARTÍN CORRALES (ed.), *Semana Trágica. Entre las barricadas de Barcelona y el Barranco del Lobo*. Barcelona, Bellaterra, 2011.



local, especificándose que había recibido del periódico «el importante encargo de estar al lado de la Cruz Roja de Melilla, dar cuenta de sus trabajos e informar a los lectores de aquel diario de cuanto a heridos o enfermos se refiera, proporcionando así datos al «Heraldo» para contestar a las peticiones de noticias que recibe»¹². Hasta entonces Burgos había estado en Málaga y Almería, desde donde había enviado crónicas fechadas del 9 al 21 de agosto en las que daba cuenta de las actividades de las asambleas locales de la Cruz Roja a favor de los soldados heridos evacuados desde Melilla. En estas crónicas aparece un tema que volverá a surgir en escritos posteriores: el papel, casi sublime, de las mujeres españolas como madres cuidadoras, encarnado por las enfermeras de guerra. Como afirma Colombine, «Las madres, esposas y hermanas infelices [de los soldados heridos] mitigan su dolor sabiendo que otras mujeres prodigan los cuidados de la ternura a los seres que aman»¹³.

Burgos llegó a Melilla acompañada de su hermana Catalina y, en su breve estancia en la ciudad, desplegó una gran actividad¹⁴. Sus crónicas se publicaron en *Heraldo de Madrid* los días 25 y 30 agosto y 2, 9, 10, 19 y 27 de septiembre. El 2 de octubre apareció otra que ya estaba escrita desde Madrid¹⁵. Se trata de un breve conjunto de textos, en los que Colombine pretende enviar a sus lectores tanto la descripción de sus vivencias en Melilla y sus más cercanos alrededores como una serie de mensajes de alto valor patriótico y de apoyo a la empresa militar hispana.

Al comparar las crónicas de Colombine con las de Pedro Rocamora, salta a la vista no sólo su inferior jerarquía en extensión y ubicación en el periódico, sino también la diferencia temática entre ambas. Mientras Rocamora transmite con gran lujo de detalles todos los combates y maniobras a los que asiste, Colombine está claramente situada en la retaguardia civil melillense, y dedica su atención a cuestiones que hoy día enriquecen nuestra visión del conflicto, pero que en su momento podían considerarse como marginales a su narrativa principal. Y no es que no hiciera lo posible por acercarse a la escena bélica: la noche del 26 de agosto partió en automóvil con el duque de Medina de Rioseco (uno de los varios aristócratas que se habían alistado en el ejército español a la llamada de «guerra al moro») para hacer fotografías en una de las posiciones exteriores de Melilla, siendo sorprendidos por un ataque desde las alturas inmediatas y viéndose ella obligada a regresar: «la señora 'Colombine' mostró gran presencia de ánimo, y, por consejo de sus compañeros, hubo de retirarse al inmediato Zoco, en tanto que el duque tomaba parte en la repulsa de la agresión que inició la fuerza destacada en aquel campamento avanzado»¹⁶.

¹² *El Telegrama del Rif*, 24 de agosto de 1909.

¹³ *Heraldo de Madrid*, 10 de agosto de 1909.

¹⁴ C. NÚÑEZ REY, *Carmen de Burgos*, pp. 240-249.

¹⁵ G. POZZI, «Carmen de Burgos and the War in Morocco», p. 188, señala que cuatro de los artículos publicados en *Heraldo de Madrid* se reimprimieron en la colección de textos de Burgos titulada *Al Balcón*, Valencia, 1913.

¹⁶ *El Telegrama del Rif*, 28 de agosto de 1909. La noticia apareció también en *Heraldo de Madrid* el día anterior.

Esta frustrada expedición muestra cómo el área de investigación de Carmen de Burgos venía definida por la guerra misma, en la que no había espacio para las mujeres españolas, ni siquiera como observadores civiles. Pero lo que se le dejaba hacer, lo hizo con afán: visitó hospitales, habló con heridos, transmitió mensajes de apoyo y solidaridad y se preocupó por entablar contactos con algunos elementos de la población autóctona. Es así como, en la crónica del 9 de septiembre, «Visitando hospitales», mantiene una conversación con un paciente rifeño al que describe con detalle, asombrándose, por la dulzura de su rostro y sus expresiones, de que sea uno de los «feroces enemigos».

Pero lo que más destaca en estos intentos de contacto con los rifeños son sus observaciones sobre los niños (crónica del 10 de septiembre), y especialmente sobre las mujeres (crónicas del 2 y el 19 de septiembre). Gran parte del material publicado en estas crónicas se vuelve a encontrar en su novela corta *En la guerra*, aunque con algunas variaciones, no sólo debidas a su conversión en texto literario, sino también al hecho de que las crónicas estaban sometidas a la censura militar. En todo caso, es interesante señalar que la visión de las mujeres marroquíes dada en las crónicas es menos acerba de la que luego aparece en la novela, aunque no falten en ella comentarios en los que se detecta hasta qué punto era difícil para Colombine superar los prejuicios comunes en su tiempo hacia una sociedad considerada inferior, es decir, cómo la comunidad de género que podría haberle inspirado una visión más favorable hacia esas mujeres se ve superada por la ideología colonial. Así sucede en la visita (descrita en la crónica del 19 de septiembre) que hace con su hermana a casa de Muhammad Maymûn, un «moro amigo» de España, que les presenta a su esposa, «rubia, blanca, algo obesa y bellísima», lo que induce a Colombine a reflexionar sobre la «deformación» de las mujeres marroquíes, debida a que dejan todo el trabajo de la casa en manos de las esclavas, en un claro ejemplo de reproducción de uno de los más manidos tópicos del orientalismo europeo¹⁷.

Como ya se ha dicho más arriba, mucho de lo publicado en forma de crónicas por Carmen de Burgos pasó a formar parte de su texto *En la guerra*, en-garzado dentro de un hilo narrativo algo endeble literariamente, pero que sirvió de pretexto a su autora para reelaborar sus experiencias melillenses y darles un tono menos acendradamente belicista y hasta, en ocasiones, de un tímido pero no menos evidente pacifismo. En el paso del relato periodístico al literario se observan algunos cambios notables, sobre todo en lo relativo al retrato de las mujeres rifeñas. Si en la crónica del 2 de septiembre («En el dchar»), que describe su visita a una aldea de moros amigos, describe a un grupo de mujeres de humilde condición con cierta objetividad y hasta simpatía (llega a reflexionar sobre la importancia que podrían

¹⁷ Maymun se batió en esta campaña del lado de España, y estaba bien relacionado con la sociedad melillense, con alguno de cuyos miembros mantenía relaciones comerciales. A la boda de su hermano, en agosto de 1910, acudieron señoras y señoritas de Melilla, además de prominentes representantes de la sociedad «cristiana» (*El Telegrama del Rif*, 27 de agosto de 1910).

tener estas mujeres para cambiar su sociedad), la misma escena, cuando se traslada a la novela, se carga de tintes sombríos y desagradables:

[...] prematuramente maduras bajo el sol de llamas de aquel abrasador clima africano, las moras eran todas feas, deformadas, negras. Las favoritas se distinguían entre aquella turba por la sebosa obesidad adquirida en la inacción del serrallo [...] la única belleza residía en los blanquísimos dientes y los ojos luminosos, negros, grandes, en los que había algo del misterio de los gitanos. Las cabelleras, tan lindas desde lejos, consistían en madejas de algodón negro, dispuestas en largas trenzas, que ocultaban la tiña de sus pelados cascos¹⁸.

No sólo eso, sino que estas mujeres eran capaces de los más ruines sentimientos, pues participaban activamente en la guerra, alentando a sus hombres a la matanza de cristianos y «hasta les ayudaban saciando su odio religioso, con ese apasionamiento de la mujer contra los *rumí*, malditos por sus santones. Apaleaban con porras de madera, claveteadas de hierro, a los soldados heridos y moribundos [...] No iban a la lucha por amor a los suyos, sino por ferocidad, por odio al enemigo»¹⁹.

El contraste entre estas feroces mujeres y la imagen de las angelicales enfermeras españolas, dedicadas con amor maternal al cuidado de los heridos, no puede ser más explícito. Responde a un criterio descalificador muy presente en la literatura colonial, según el cual entre los «moros» no existe el verdadero amor y, por tanto, tampoco la vida de familia, sino instintos salvajes que dominan el mundo de las relaciones personales. Ha habido quien se ha sorprendido de que una autora de «tintes feministas» como Carmen de Burgos hiciera este cruel retrato de las mujeres rifeñas, mientras que otros autores masculinos se deshacían en alabanzas a la belleza de las mujeres moras e incluso tejieran en torno a ellas historias de amor y perdición²⁰. Pero es que aquí es donde se observa más agudamente la intervención de una perspectiva de género: para muchos autores masculinos, las mujeres marroquíes actúan como símbolo de la conquista del territorio y para ello es necesario dotarlas de los atractivos que justifiquen tal empresa, mientras que para Carmen de Burgos ese aspecto carece de significado. Muy al contrario, las mujeres rifeñas se erigen en sus textos como emblema de la diferencia que debe condenarse, y que va más allá de la genérica «falta de amor»: se trata, como dice más de una vez, de la falta de amor materno, una cualidad de la que sólo disfrutaban las mujeres cristianas y que ejercen, no sólo hacia sus propios hijos, sino hacia todos los hombres y especialmente hacia los soldados heridos o enfermos²¹.

¹⁸ C. DE BURGOS, *En la guerra*, p. 53. Véase G. POZZI, *op. cit.* (2000), p. 192. Sobre las trenzas de algodón de las mujeres rifeñas, V. MOGA ROMERO, *El Rif de Emilio Blanco Izaga: trayectoria militar, arquitectónica y etnográfica en el Protectorado de España en Marruecos*. Melilla-Barcelona, UNED-Bellaterra, 2009, pp. 497 y 569-71, con dibujos de Blanco Izaga donde puede apreciarse ese característico tocado.

¹⁹ C. DE BURGOS, *En la guerra*, p. 52.

²⁰ A.M. CARRASCO GONZÁLEZ, *La novela colonial hispanoafriicana. Las colonias africanas de España a través de la historia de la novela*. Madrid, Sial, 2000, p. 65.

²¹ Un buen análisis de este tema, en G. POZZI, *op. cit.* (2000), pp. 194-195.



En la visión de Colombine de las mujeres moras coinciden, por tanto, tópicos orientalistas²² con una elaboración particular del tema de la maternidad patriótica, en el que las mujeres (españolas) representan el papel tradicional de «ángeles del hogar» en un ámbito público y dominado por un conflicto bélico²³. A mi modo de ver, y por mucho que la investigación contemporánea se haya aplicado a mostrar el carácter rompedor de la obra de Carmen de Burgos sobre la guerra de Marruecos, su utilización de las imágenes de mujeres marroquíes, sobre todo en su traslación literaria, está lastrada por el entorno ideológico orientalista, que la condiciona inevitablemente. Una de las manifestaciones de ese rasgo dominante en la literatura colonial de los inicios del siglo xx se observa en una actitud personal de Carmen de Burgos que, según uno de los periodistas destacados entonces en Melilla, «ha tenido el capricho de vestirse de mora, traje que realza sus opulentas morbideces, y con el cual se ha hecho varios retratos»²⁴.

Cuando aparece la primera edición de *En la guerra*, en la popular colección «El cuento semanal» (29 octubre 1909, núm. 148), la portada contenía un retrato de su autora, como ocurre en números anteriores y posteriores con Ramón Pérez de Ayala, Rafael López de Haro, Salvador Martínez Cuenca, Concepción Gimeno de Flaquer, etc.²⁵ Lo peculiar del caso de Colombine es que en su retrato aparece vestida a «usanza mora», con toda la cara tapada desde el arranque de la nariz, un velo que le cae de la cabeza, y mostrando un tocado sobre los ojos, con un prendido de lo que parece ser una joya. Todo ello muy conforme a la idea que se tenía en España y Europa de lo que debía de ser el aderezo de una odalisca, pero que poco tenía que ver con los atavíos de las rifeñas que la propia Colombine había conocido y a las que describe acertadamente, señalando que llevaban el rostro descubierto²⁶. Pero este ejercicio de apropiación de la indumentaria de quienes son sentidos a la vez como inferiores y como enemigos no es, naturalmente, un acto inocente y va más allá de la simple querencia por el disfraz exótico (exotismo que Burgos denegaba a los rifeños, por otro lado): revela un juego de sustituciones y espejismos que terminan por definir a el/la portadora del traje ajeno como un sujeto ambiguo pero dominante²⁷. Aunque

²² Además de los ejemplos mencionados, no debe pasarse por alto su crónica titulada «Una mora del harén del Roghi» (27 de septiembre de 1909).

²³ Sobre el estereotipo del «ángel del hogar» en la prensa de la época, v. A. PERINAT y M.I. MARRADES, *Mujer, prensa y sociedad en España 1800-1939*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1980, p. 170.

²⁴ F. DE URQUIJO, *La campaña del Rif en 1909: juicios de un testigo*. Madrid, Pueyo, 1910, p. 81. Las imágenes fueron captadas por el fotógrafo Ramón Alba, enviado a Melilla por ABC.

²⁵ Sobre esta colección, J. C. Mainer, «El Cuento Semanal, 1907-1912. Texto y contexto», en A.G. EGIDO MARTÍNEZ e Y.-R. FONQUERNE (eds.), *Formas breves del relato*, Madrid, Casa de Velázquez, 1986, pp. 207-220, y M.L. ÍÑIGUEZ BARRERA, *El Cuento Semanal 1907-1912. Análisis y estudio de una colección de novelas cortas*. Granada, Grupo Editorial Universitario, 2005.

²⁶ C. DE BURGOS, *En la guerra*, p. 52.

²⁷ Sobre este tema, véase M. ROBERTS, «Cultural crossings: Sartorial adventures, satiric narratives, and the question of indigenous agency in nineteenth-century Europe and the Near East», en J. HACKFORTH-JONES y M. ROBERTS (eds.), *Edges of Empire. Orientalism and Visual Culture*, Oxford,

la portada de la edición de «El cuento semanal» no identifica a Colombine como la mujer retratada en ella, es evidente que, como era costumbre en esta colección, la imagen corresponde a la autora, que fue la única que pudo ceder esta fotografía, de entre las que le habían hecho en Melilla²⁸.

He aludido antes al testimonio de un periodista español sobre estas fotos; no habrá pasado inadvertido al lector el tono irónico e incluso algo despectivo con que su autor se refiere a Colombine. Fernando de Urquijo, corresponsal de *El Globo* durante la guerra y «probelicista convencido»²⁹ se ocupó en varias otras ocasiones de su colega, gracias a lo cual se amplía la información de que disponemos sobre las actividades de Colombine en Melilla y sus alrededores. Bien es verdad que lo hace siempre en la misma tesitura sardónica, característica de quien considera inaceptable la presencia femenina en un espacio propio de hombres; pero es interesante comprobar que esa mirada prejuiciada y misógina no es capaz de ocultar el fuerte impacto de una mujer independiente, segura de sí e ingeniosa. Así la vemos, a través del prisma deformado del periodista, en el episodio del tiroteo al coche del duque de Medina de Ríoseco ya mencionado, cenando con otros colegas corresponsales o visitando los campamentos³⁰. Pero la escena más significativa de todas las que Urquijo dedica a Carmen de Burgos la hace protagonista de un intercambio verbal con un rifeño, en términos que hacen necesaria la cita completa del episodio:

Entró el moro en el comedor del hotel, donde se hallaba *Colombine* con el fotógrafo Campúa y otros amigos. Uno de estos, por decir algo, le preguntó al moro:- dime, ¿cuánto cuesta una mora guapa?... El moro se quedó un momento reflexionando y respondió: - Mira, según; si la mora guapa, guapa... moro da ciento o ciento cincuenta *pesos*... *Colombine*, a quien había hecho gracia la respuesta grave del moro, le hizo otra pregunta sonriendo:- Oye... ¿y un moro... cuánto vale? El moro se quedó mirando con fijeza a la notable escritora, la examinó con los ojos de pies a cabeza, y poniendo en la mirada un lúbrico propósito, repuso al fin: ¡Yo, moro, para ti, cristiana, sin que por mí pagues!... Rieron todos la respuesta; pero no es esto lo más notable: es que el moro ha creído de veras que *Colombine* le corresponde y se ha enamorado de ella³¹.

Blackwell, 2005, pp. 70-94. En Melilla era costumbre entre los españoles tomarse fotos vestidos de «moros»; desde 1908 existió en la ciudad el conocido estudio «Foto Gómez», que en sus anuncios en la prensa local ofrecía la existencia de «preciosos trajes de moros y moras, y magníficos mantones de Manila» (J. Díez Sánchez, *Melilla y el mundo de la imagen. Aproximación a la fotografía, el cine y la televisión*. Melilla, Consejería de Cultura, 1997, p. 14).

²⁸ No obstante, A. RUEDA (*op. cit.*, 2009, p. 232, nota 17, considera que, teniendo en cuenta el posicionamiento de Colombine respecto a la mujer mora, «la portada de la autora en *El Cuento Semanal* es una decisión editorial incongruente si no maliciosa».

²⁹ J.J. LÓPEZ BARRANCO, *op. cit.* (2006), pp. 90-91.

³⁰ F. DE URQUIJO, *op. cit.* (1910), pp. 72-73 y 115.

³¹ *Ibidem*, pp. 80-81. El fotógrafo «Campúa», seudónimo de José Demaría López (1870-1936), se dio a conocer en esta guerra; véase P. LÓPEZ MONDÉJAR, *Historia de la fotografía en España*. Barcelona, Lunwerg, 1999, pp. 143-145.

Los comentarios que siguen, y otros posteriores, abundan en el mismo sentido despectivo hacia Colombine, enmarcados en un ambiente de camaradería masculina en el que su presencia intrusa ha de descalificarse para reafirmar así el monopolio de su espacio de sociabilidad y actividad profesional. La incisiva pregunta de Carmen de Burgos, que pretende desmontar la desigualdad de género implícita tanto en la respuesta como en la pregunta que se hace al rifeño, quedaría así desactivada, si no fuera porque su mensaje continúa siendo válido. Del mismo modo, cuando Urquijo relata que Colombine abandona Melilla porque el general Arzón le ha manifestado que sus servicios ligados a la acción de la Cruz Roja ya no son necesarios, por estar perfectamente atendidos localmente, lo hace con intención de demostrar la futilidad de su presencia en Melilla, sin darse cuenta de que su no muy sutil ataque contra ella demuestra, por el contrario, la creciente importancia de la participación de las mujeres en el esfuerzo bélico contra Marruecos³².

CONSUELO GONZÁLEZ RAMOS

A pesar de su notable papel en el movimiento feminista del primer tercio del siglo xx, dentro de una línea ideológica de marcado carácter católico y conservador, no me ha sido posible hallar una serie de datos relevantes sobre la vida de González Ramos, entre ellos, las fechas de su nacimiento y muerte. Quienes se han ocupado de ella, hasta donde he podido comprobar, tampoco lo han hecho³³. Bien es verdad que al estudiar las huellas de su actividad parece claro que se trataba de una personalidad elusiva, oculta tras una serie de seudónimos o de usos variables de su nombre y el de su marido (esto, al menos, en una primera época), y que mantenía una proyección pública importante de la que escamoteaba sus datos más íntimos. Si en los ámbitos literarios y periodísticos madrileños todo el mundo sabía que *Colombine* era Carmen de Burgos, me parece difícil afirmar que quien firmaba primero como *Doñeva de Campos* y luego como *Celsia Regis* pudiera identificarse para muchos como Consuelo González Ramos; claro es que la segunda nunca llegó a ser tan conocida como la primera, aunque ambas coincidieran en su compartido interés por promover los derechos de las mujeres de su tiempo.

³² F. DE URQUIJO, *op. cit.* (1910), p. 116.

³³ A. PERINAT y M.I. MARRADES, *op. cit.* (1980), pp. 48 y 327; M.A. SÁNCHEZ SUÁREZ, *Mujeres en Melilla*. Granada, Grupo Editorial Universitario, 2004, pp. 23-25; D. BUSSY GENEVOIS, «La función de directora en los periódicos femeninos (1862-1936) o la ‘sublime misión’», en J.-M. DESVOIS (ed.), *Prensa, impresos, lectura en el mundo hispánico contemporáneo. Homenaje a Jean-François Brotel*, Bordeaux, Université d’Etudes Iberiques & Ibéro-américaines, 2005, pp. 195 y 200; R. ARCE PINEDO, «De la *mujer social* a la *mujer azul*: la reconstrucción social de la feminidad por las derechas españolas durante el primer tercio del siglo xx». *Ayer*, vol. 57 (2005), pp. 247-272; y *Dios, patria y hogar. La construcción social de la mujer española por el catolicismo y las derechas en el primer tercio del siglo xx*. Santander, Universidad de Cantabria, 2007, pp. 130-131.

Cronológicamente, sin embargo, y en lo que se refiere a las guerras hispano-marroquíes, es más fácil situar a Consuelo González, ya que en 1912 apareció en Melilla su obra *La mujer española en la campaña del Kert*, bajo el seudónimo de Doñeva de Campos³⁴. Ese mismo año había publicado una serie de artículos en *El Telegrama del Rif* centrados en su experiencia como enfermera voluntaria en el Hospital Docker de Melilla, que luego reutilizó en su libro³⁵. Uno de estos artículos (18 de enero de 1912) va firmado por «Consuelo González de H. Arrebolado», pero el propio periódico la identifica, el 5 de marzo de 1913, como la «distinguida escritora doña Consuelo González de F. Regalado, que se oculta con el seudónimo de Doñeva de Campos». Unido a esto su referencia, en un artículo y en su libro, a que tenía en posiciones avanzadas a una «persona muy querida»³⁶, cabe afirmar que su estancia en Melilla se debía a su matrimonio con Julián Hernández Regalado, primer teniente en el Regimiento de Taxdirt³⁷.

Muy poco más he podido encontrar sobre la vida privada de Consuelo González, celosa de su intimidad, de la que sólo ofrece algún detalle poco definido en sus crónicas o en su libro. En éste menciona, por ejemplo, que había pasado una temporada en el extranjero, sin dar sobre esto ningún dato concreto, aunque de lo que cuenta se deduce que vivía en una pensión para estudiantes y que al principio de su estancia no conocía el idioma local. Otras alusiones igualmente oscuras permiten suponer que estaba en Francia, viviendo en una ciudad que podría ser Pau o Tarbes, por la localización geográfica a la que alude la autora³⁸. De ello se desprende, en todo caso, que Consuelo González había recibido una esmerada educación y que había estado en contacto con una sociedad ajena a la suya, tanto como lo debió de ser la que encontró en Melilla durante su estancia allí.

La carrera posterior de Consuelo González no es de interés directo para el tema que aquí me ocupa, pero no debe pasarse por alto, ya que la sitúa, como autora, publicista y periodista, en el centro de los movimientos feministas de las primeras décadas del siglo xx, especialmente como directora de *La Voz de la Mujer*, portavoz de la Asociación Nacional de Mujeres Españolas (creada en 1918), movimiento situado en la órbita de la Iglesia y de orientación claramente conservadora. González, que

³⁴ Hay un error en la catalogación de esta obra en la Biblioteca Nacional, donde aparece como autora Eva de Campos. Sobre la campaña del Kert (agosto 1911-junio 1912), M.R. DE MADARIAGA, *op. cit.* (2005), pp. 74-79.

³⁵ *El Telegrama del Rif*, 13, 18 y 28 de enero y 2, 4, 7, 15, 18 y 20 de febrero de 1912. El hospital «Docker», construido a base de pabellones de madera de la patente alemana de ese nombre, comenzó a construirse en enero de 1910, fuera del recinto amurallado de la ciudad vieja de Melilla.

³⁶ *El Telegrama del Rif*, 15 de febrero de 1912; *La mujer española en la campaña del Kert*, p. 50.

³⁷ «Centenario de la Cruz Roja en Melilla», en www.melilla-virtual.com (consulta 28/05/12). El coronel del regimiento, Miguel de Elizaicin, escribió el prólogo del libro de Doñeva de Campos, que dedicó los más encendidos elogios al heroísmo de sus hombres en un artículo publicado en *El Telegrama del Rif* el 23 de abril de 1913. *La Correspondencia de España*, 8 de enero de 1912, se refiere a la participación de Hernández Regalado en la carga del 27 de diciembre de 1911, en la que dio muerte a tres combatientes enemigos.

³⁸ *La mujer española en la campaña del Kert*, p. 23 y ss.

entonces utilizaba otro seudónimo (Celsia Regis), tuvo también una actividad de beneficencia importante, llegó a ser concejal suplente del Ayuntamiento de Madrid y, cercana a la dictadura de Primo de Rivera, consiguió de éste autorización para que las mujeres pudiesen trabajar en las imprentas³⁹. En un artículo publicado en 1921, se alaba su obra en pro de los derechos de las mujeres y se la califica de elocuente conferenciante y de persona dotada de un gran don de gentes⁴⁰. Además de todo esto, escribió dos novelas, una biografía de Isabel la Católica y dos estudios, *La mujer en los municipios* (Madrid, 1924) y *La villa y corte de España* (Madrid, 1927).

Volviendo a la relación de Consuelo González con la guerra de Marruecos, lo que destaca en ella de inmediato es su estrecho arco temático, prácticamente reducido al ámbito de los cuidados médicos y la enfermería. Claro producto de su experiencia personal, esta «especialización» no deja de ser notable, ya que por un lado pone de relieve constantemente la labor de las mujeres en el contexto de la guerra y, por otro, contribuye a crear un clima favorable para la profesionalización incipiente de la actividad de las enfermeras. Ya se ha visto cómo la Cruz Roja tuvo un papel importante en la presencia de Carmen de Burgos en Melilla; pocos años después, el testimonio de Consuelo González realza la necesidad de contar con profesionales adecuadas para la tarea de cuidar a los heridos de guerra⁴¹.

Es necesario recalcar también que la práctica de la enfermería, tradicionalmente en manos de órdenes religiosas, contaba con un voluntariado de señoras y señoritas de buena familia, que formaban parte de las asambleas locales de la Cruz Roja y prestaban en los hospitales una ayuda bienintencionada pero poco profesional. De esto se hace eco la propia Consuelo González al relatar cómo, en su primer día de hospital, no puede aguantar la visión de la sangre y abandona su tarea, que sólo reanuda al día siguiente⁴². La jerarquía entre enfermeras voluntarias y médicos profesionales está muy claramente definida en los artículos publicados por González en *El Telegrama del Rif*, varios de los cuales están dedicados a los primeros, con semblanzas sumamente elogiosas tanto a su carácter como a sus conocimientos. Estos retratos no aparecen en su libro, al estar dedicado en exclusiva a las mujeres, cuyo papel caritativo aunque secundario adquiere aquí un carácter protagonista: «La mujer ha preferido este hospital, primero, por haber en él mayor número de heridos; segundo, por ser todos ellos de la clase de tropa y por lo tanto más necesitados de caridad y protección»⁴³.

³⁹ Véase la bibliografía citada en la nota 32.

⁴⁰ *La Ilustración Española y Americana*, 8 de marzo de 1921.

⁴¹ Para la siguiente guerra del Rif (1921-1927), F.J. MARTÍNEZ ANTONIO, «La Cruz Roja en la guerra del Rif (1921-1926). Ensayo bibliográfico». *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, vol. 7 (enero-mayo 2009), en <http://www.uam.es/otroscentros/TEIM/Revista/reim7/pdfs/ArticuloJavier.pdf>. Sobre la creación y el desarrollo jurídico-pedagógico de la enfermería en España, v. J. BERNABEU MESTRE y E. GASCÓN PÉREZ, *Historia de la Enfermería de Salud Pública en España (1860-1977)*. Alicante, Universidad de Alicante, 1999.

⁴² «Retrato del hospital Docker, VI», en *El Telegrama del Rif*, 20 de febrero de 1912.

⁴³ *La mujer española en la campaña del Kert*, p. 45.



Aunque las mujeres que ejercieron como enfermeras en el Docker de Melilla lo hicieron a tiempo muy parcial (según la propia autora, tenían turnos de dos horas y se había establecido un servicio de coches para su traslado), en el relato de Consuelo González —que incluye en su libro una lista con todos sus nombres— se erigen como protagonistas del ejercicio de la caridad patriótica, presentada como el ineludible envés del heroísmo militar masculino. Si los hombres defienden a la patria con las armas, a las mujeres corresponde un ejercicio patriótico basado en la caridad y el amor: «el patriotismo es la síntesis de todos los amores: el de la familia, el de la madre, el de la esposa, el de la amada. Así que pudiera llamársele, con toda propiedad: el amor de los amores»⁴⁴. En ningún momento se plantea González que la guerra en la que participa no es una acción defensiva de la patria amenazada, sino algo muy diferente, una acción militar de expansión colonial. Así es como «cada vez que veíamos llegar un nuevo convoy de heridos, en nuestros corazones se elevaba una montaña de odio y aversión hacia todos los que vestían chilaba» y que, al llegar al hospital dos heridos moros, reflexiona que más vale que se trate de enemigos y no de soldados españoles. Cuando los visita, descubre que se trata de miembros de la policía española, que han luchado en el lado español y, poco después, que uno de ellos muere dando vivas a España, todo lo cual los convierte en merecedores de la misma estima que la concedida a los soldados españoles⁴⁵.

Es notable, en contraste con la obra de Carmen de Burgos, la ausencia prácticamente total de referencias a las mujeres marroquíes en los artículos y libro de Consuelo González, tanto más cuanto que su interés por los derechos de las mujeres y su papel en la sociedad (española) había dado lugar a una serie de artículos publicados en *El Telegrama del Rif* bajo la rúbrica común de «Misión social de la mujer»⁴⁶. Pero en las dos únicas ocasiones en las que se ocupa de las mujeres marroquíes lo hace sin abandonar en lo más mínimo el guión del más acendrado orientalismo. En la primera, recurre al clásico argumento de la propaganda colonialista que pretendía justificar su intervención en el mundo árabe-islámico por la necesidad de regenerar sus atrasadas culturas y, muy en especial, liberar a sus mujeres de la opresión en que vivían. La guerra hispano-marroquí «tiene dos bandos que derrochan heroísmo; el uno lleva su bandera roja y gualda, y ostenta, en su centro, la gallarda figura de la civilización, emblema de hidalguía y de la mujer reina. El otro, cuyo estandarte, de color indefinido, que integra el retroceso y fanatismo, lleva en su centro el serrallo, ominoso emblema de esclavitud y tiranía. ¿Quién vencerá? La civilización, no hay que dudarle [...] ¡Oh, mujer africana! ¡El triunfo de las armas españolas será tu redención! ¡El serrallo para tí se anulará, y gozarás, por nuestro impulso, de la libertad que nosotras disfrutamos ya cerca de veinte siglos!»⁴⁷

⁴⁴ *Ibidem*, pp. 36-42 (sobre los conceptos de patriotismo y caridad).

⁴⁵ *Ibidem*, pp. 122-123.

⁴⁶ *El Telegrama del Rif*, 22 de enero, 1, 11 y 23 de febrero, 14, 26 y 29 de marzo de 1911.

⁴⁷ *La mujer española en la campaña del Kert*, pp. 15-16.

Algo más matizada es la segunda de estas dos ocasiones, en las que Consuelo González, al recordar los años de su estancia en tierra francesa, pone en relación la mirada exotizante que sus compañeras de estudio le dedican (una de ellas le pregunta, por ejemplo, si es cierto que las españolas llevan todas una navaja en la liga), con «lo que nos ocurre a nosotras con las moras, que siempre las miramos con curiosidad y las interrogamos sobre esos misteriosos secretos que hemos leído en ‘Las mil y una noches’»⁴⁸. Pero este atisbo de relativismo cultural o, por mejor decir, de comprensión de las complejidades de la alteridad, no da lugar ni en el resto del libro ni en sus crónicas periodísticas a muestra alguna de curiosidad real por las mujeres marroquíes⁴⁹.

Sin decirlo expresamente, la primera de estas dos citas se enmarca en el carácter abiertamente pro-católico de la obra de Consuelo González, al vincular la pretendida libertad de las mujeres españolas con los veinte siglos de existencia de la religión cristiana. Son varios los episodios relatados por González en los que se observa cómo la labor de las enfermeras voluntarias no se limitaba al cuidado de los cuerpos heridos, sino también al de sus almas, a las que predicaban resignación y aplicación en el cumplimiento de sus deberes religiosos, labor siempre coronada por el éxito (aunque cabe suponer que muchos soldados estarían lógicamente dispuestos a aceptar las pretensiones de sus cuidadoras con tal de mejorar su situación). Al lado de esta tarea evangelizadora en el interior mismo de la fuerza expedicionaria española, compuesta en su mayoría de miembros de las clases más desfavorecidas e incapaces por tanto de eximir a sus varones, mediante el pago de la «cuota», del cumplimiento del servicio militar en una guerra colonial⁵⁰, Consuelo González plantea, de un modo mucho más amplio y desindividualizado, la conquista de las almas de las mujeres marroquíes. Sin ser la evangelización uno de los signos más característicos de la literatura colonial española sobre Marruecos, puede identificarse expresamente en algún otro autor de estos mismos años iniciales del siglo XX⁵¹ y desde luego impregna la de otros muchos para quienes la religión católica era un componente indispensable de la identidad hispánica. La «misión civilizadora» del colonialismo español no podía, por tanto, dispensarse de la propagación de los valores de la familia cristiana, que habrían de liberar a las mujeres musulmanas de la opresión del «serrallo»⁵².

⁴⁸ *Ibidem*, p. 25.

⁴⁹ Fuera de los asuntos relacionados con la guerra, una de las crónicas de C. González («El asesinato de Sebt. Sonambulismo», *El Telegrama del Rif*, 28 de febrero de 1912) es un interesante retrato de Josefa Omar González, valenciana de Orán asentada en Melilla, asesinada con su familia el 26 de febrero de 1912 y con la que había entablado amistad. Los apellidos de Josefa hacen pensar que fuera hija de un matrimonio mixto de musulmán y española.

⁵⁰ Véase *infra*, nota 79.

⁵¹ Por ejemplo, en Eloy Montero, sacerdote que visitó Tetuán en 1912 y publicó las impresiones de su viaje al año siguiente; véase M. MARÍN, «Marruecos y los marroquíes en la obra de Eloy Montero (1913)». *Studi Ispanici*, vol. xxxii (2007), pp. 187-205.

⁵² Es notable la utilización de este término por Consuelo González, que recoge aquí una tradición orientalista que se remonta a Montesquieu (A. THOMPSON, *Barbary and Enlightenment*:

Años después de su experiencia en la campaña del Kert, Consuelo González participó en un mitin celebrado el 4 de diciembre de 1921 en el Teatro de la Comedia de Madrid, en torno a la debatida y procelosa cuestión de los prisioneros españoles en poder de Abdelkrim, y en el que participaron, entre otros, Lluís Companys y el presidente de la Asociación de Vecinos de Madrid⁵³. Según el informe policial redactado sobre este mitin, Consuelo González (o Celia Regis, como se la llama en él), que hablaba como representante de la Federación Internacional Femenina, propuso que una comisión de mujeres visitase a la Reina para plantearle sus peticiones al respecto y, en caso de que éstas no fueran atendidas, afirmó que «habría que pensar en no dar sus hijos para la Patria»⁵⁴.

Carezco de datos sobre la posible realización de la propuesta de Consuelo González, pero del resumen policial del contenido del mitin me parece importante señalar que hay una notable diferencia entre la encendida defensa del colonialismo español y del heroísmo militar que se encuentra en sus textos de 1912 y esta llamada a un (por otra parte imposible) boicot de las madres españolas al reclutamiento de sus hijos para formar parte del ejército colonial. Ello puede explicarse por una evolución personal hacia posiciones más pacifistas, como fue el caso de Carmen de Burgos, a lo que podría añadirse el fortísimo impacto emocional de la derrota de Annual en 1921 y del largo y dificultoso proceso de liberación de los prisioneros en la sociedad española.

Con todo, llama también la atención que Consuelo González propusiera la formación de una comisión de mujeres que se dirigiera a la Reina para solucionar este espinoso problema. Quizá haya que considerar, en este punto, el papel sin duda notable representado por la Reina Victoria Eugenia en la promoción de las actividades de la Cruz Roja durante la guerra de 1921, a través de una de sus damas, la duquesa de la Victoria, que fue quien organizó de forma rigurosa y profesional la atención a los heridos de la campaña⁵⁵. En este punto se puede volver a observar la intersección de los diferentes factores que confluyen en la obra de Consuelo González: un feminismo de corte tradicional que promueve una imagen sublimada de las mujeres como madres y cuidadoras, la enfermería como una de las opciones profesionales más adecuadas a esa imagen, el respeto a las jerarquías sociales establecidas (la monarquía y la aristocracia en primer lugar) y la identificación con el ideario colonialista. El aparatoso fracaso bélico de 1921 pudo hacer vacilar a González Ramos en su hasta entonces apoyo sin fisuras a la acción colonial española, pero si así fue,

European Attitudes towards the Maghreb in the 18th Century. Leiden, E.J. Brill, 1987, pp. 58-59) y que carece de connotaciones marroquíes.

⁵³ Sobre los prisioneros, M.R. MADARIAGA, *op. cit.* (2005), pp. 203-249.

⁵⁴ Véase http://www.mcu.es/archivos/docs/MC/AHN/Pieza_del_Mes/FolletoAnnual.pdf, (consulta 17/05/2012).

⁵⁵ [I. ANGOLOTI DE CÁRDENAS], *La duquesa de la Victoria*, Madrid, 1958 (un texto de carácter más bien hagiográfico, pero con datos interesantes, muchos procedentes de la propia duquesa); M.T. MILLARES-SANGRO y M. DURÁN ESCRIBANO, «La enfermera en el monumento madrileño (1908-1936)». *Index de Enfermería*, vol. 51 (2005), pp. 65-69, y F.J. MARTÍNEZ ANTONIO, *op. cit.* (2009).

ello se debió probablemente a sus desastrosos resultados, y no a la falta de fe en la justicia de sus intenciones.

TERESA DE ESCORIAZA (1891-1968)

La vida y la obra de Teresa de Escoriaza Zabalza es relativamente bien conocida⁵⁶. Nacida en San Sebastián, se educó en Madrid, Burdeos y Liverpool. En 1917 se trasladó a Estados Unidos, donde trabajó como profesora de español y francés; además, entre 1919 y 1921 fue corresponsal en Nueva York de *La Libertad* (dirigido entonces por Luis de Oteyza), donde publicaba crónicas con el seudónimo de «Félix de Haro». A finales de agosto de 1921, tras la derrota de Annual, el periódico la envió como corresponsal a Marruecos, publicando entonces una serie de crónicas que en seguida aparecerían, tras su vuelta a España, en forma de libro. A partir de 1922 colabora también con *Informaciones* y, en 1924, con Radio Ibérica, donde pronuncia lo que se ha llamado «la primera conferencia feminista» de la radio española. Continuó trabajando en diversos órganos de prensa y publicó traducciones y una novela, *El crisol de las razas* (1929), ambientada en la multiétnica Nueva York que había conocido. Ese mismo año se incorporó como profesora de español y francés a la Montclair State University (New Jersey), donde ejerció como tal hasta 1959. En 1938 adquirió la nacionalidad norteamericana. La guerra civil impidió su regreso a España hasta mucho más adelante, cuando ya jubilada pudo volver a su ciudad natal, donde falleció. Su memoria se conserva en la universidad donde trabajó durante 30 años y que en mayo de 2012, dio su nombre a una de sus aulas, además de conceder una beca de estudios en España que también lo lleva⁵⁷.

Este apretado resumen⁵⁸ deja traslucir lo que fue una trayectoria vital intensa y variada: la de una mujer independiente y activa, que transita por ambientes culturales muy diversos, domina idiomas extranjeros, mantiene firmes convicciones feministas, consigue hacerse un hueco importante en el mundo periodístico español de su tiempo y que, finalmente, se reconstruye como profesora de lenguas extranjeras en Estados Unidos, cuando las circunstancias terribles de la vida española en y tras

⁵⁶ Véanse M.A. SÁNCHEZ SUÁREZ, *op. cit.* (2004), pp. 100-194; M. PALENQUE, «Ni ofelias ni Amazonas, sino seres completos. Aproximación a Teresa de Escoriaza». *Arbor*, vol. 182 (2006), pp. 363-376 y E. MARTELES MARTELES, «Notas sobre la historia de las mujeres en la radio española». *Arbor*, vol. 182 (2006), pp. 456-467; A. RUEDA, *op. cit.* (2009). Agradezco a Helena de Felipe la consulta de su texto inédito «Una mujer periodista en la Guerra del Rif: Teresa de Escoriaza», comunicación presentada al seminario «Actores coloniales españoles y espacios africanos», Universidad de Alcalá/Guadalajara, 2-3 de diciembre de 2010.

⁵⁷ http://www.montclair.edu/media/montclair.edu/chss/CHSS-Newsletter_October_final.pdf (consulta 08/02/13).

⁵⁸ Basado en los datos reunidos por M. Palenque en su artículo de 2006 «Ni ofelias ni Amazonas», que contiene mucha más información de la aquí presentada.

la guerra civil le hacen imposible regresar a su patria⁵⁹. Pero lo que aquí me interesa mostrar, dentro de esos contextos personales e históricos, tan diferentes ambos de los que hasta ahora se han examinado, es su visión de la guerra, situada en torno a uno de los momentos más trágicos de la relación hispano-marroquí.

Como se ha dicho antes, considerar a Carmen de Burgos como la primera corresponsal de guerra española es un aserto que debe ser matizado, puesto que el periódico con el que colaboraba no la envió en esa calidad, sino como una especie de representante de las mujeres españolas que requerían noticias de sus familiares combatientes; de hecho, hemos visto cómo le fue prácticamente imposible acercarse al frente de batalla. Quince años después, las cosas habían cambiado mucho, como lo había hecho la sociedad española, en la que las mujeres se estaban abriendo camino en ámbitos cada vez más amplios. Aun así, todavía las mujeres periodistas solían estar confinadas a las «páginas femeninas» o a los temas considerados como propios de la sensibilidad de las mujeres. Así vemos cómo *La Libertad*, el periódico en el que colaboraba Escorriaza, de orientación claramente izquierdista⁶⁰, va anunciando el envío a Marruecos de sus corresponsales, tras la llegada de las noticias sobre Annual: el 24 de julio de 1921 se informa del viaje de Eduardo Ortega y Gasset como «enviado especial», que de inmediato manda crónicas diarias sobre la dramática situación; a primeros de agosto van a Melilla Francisco Hernández Mir y Ezequiel Endériz; el 28 de ese mes se anuncia el nuevo viaje, en el expreso de Andalucía, de Eduardo Ortega y Gasset (que mientras tanto había vuelto a la Península), acompañado por el director del periódico, Luis de Oteyza, y «nuestra ilustre colaboradora señorita Teresa de Escorriaza quien con su fino temperamento estudiará en los hospitales de sangre el dolor de la guerra». El 17 de septiembre *La Libertad* anuncia que Endériz vuelve a España, para ser sustituido en Melilla por el redactor-jefe del periódico, Antonio de Lezama⁶¹.

Diríase, por tanto, que estamos ante una reproducción del esquema ya visto en el caso de Carmen de Burgos: a Escorriaza, a diferencia de lo que se esperaba de sus colegas masculinos, se le concede un ámbito específico de actuación, alejado de las peligrosas (para las mujeres) áreas de conflicto bélico y limitado al «estudio» de los hospitales y el dolor de la guerra, en donde el sentimiento prevalece sobre el riesgo heroico, propio de la actuación masculina. En parte es así, indudablemente; pero Teresa de Escorriaza consiguió eludir muchos de los riesgos que le ofrecía este

⁵⁹ Su hermana Coro, casada con el caricaturista Carlos Gómez Carrera, «Bluff», consiguió, acompañada de su hija, reunirse con Teresa de Escorriaza en Estados Unidos tras la ejecución de su marido en Valencia en 1940 (M. PALENQUE, *op. cit.*, 2006, p. 374).

⁶⁰ J.-M. DESVOIS, «La prensa frente al desastre de Marruecos, de Annual a Monte Arruit, 23 de julio a 13 de agosto de 1921», en *Metodología de la Historia de la Prensa Española*, Madrid, Siglo Veintiuno de España, 1982, pp. 233-244.

⁶¹ De la producción escrita de todos estos periodistas ha de destacarse la obra de LUIS DE OTEYZA, *Abd-el-Krim y los prisioneros (una información periodística en el campo enemigo)*. Madrid, Mundo Latino, 1924 (reeditada en Melilla, 2000, con estudio introductorio de M.R. de Madariaga).



encargo periodístico tan claramente marcado por la ideología de género vigente en su época y que aún hoy se sigue manteniendo en muchos aspectos.

Un ejemplo notable, a este respecto, es la diferente autorrepresentación de Carmen de Burgos y Teresa de Escoriaza a la hora de publicar sus textos en forma de libros y que radica en la imagen que de cada una de ellas se ofrece en las respectivas cubiertas. Como se ha indicado antes, la fotografía de Burgos en la edición de *El Cuento Semanal* la muestra ataviada a usanza «mora» y ocultando parte de su rostro, en lo que es una representación mimética del estereotipo de mujer oriental. En cambio, la portada de la obra de Escoriaza, de gran impacto visual, sitúa a la autora en un primer plano, montada a caballo y tocada con un salacot; al fondo, se ven tropas que avanzan con cañones. La imaginería orientalista ha desaparecido, para ser sustituida por la expresión bélica de la agresión colonial, en la cual se inserta, como figura principal, un retrato de mujer que reivindica así su protagonismo en un terreno vedado. La imagen es compleja, porque a la fuerza subversiva que posee en ese sentido, se une la identificación con el patriotismo militar que precisamente en ese momento empezaba a ponerse en cuestión en España desde áreas ideológicas cercanas a aquellas en que se situaba Escoriaza⁶²; al mismo tiempo, tiene un atractivo indudable, que hay que relacionar, posiblemente, con la respuesta que se esperaba de unos lectores abrumados por las terribles noticias sobre el derrumbamiento de la Comandancia General de Melilla. No se sabe hasta qué punto Escoriaza participó en la elaboración de esta cubierta, pero no hay constancia de que la desautorizase. Hasta qué punto se reconocía en ella es difícil o imposible de saber, pero su trayectoria como mujer independiente y audaz hace suponer que habría estado de acuerdo.

Escoriaza envió 18 crónicas a *La Libertad*, que se publicaron entre el 3 y el 27 de septiembre de 1921. Muy poco después de su regreso a Madrid, aparecieron en forma de libro, bajo el título *Del dolor de la guerra. Crónicas de la campaña de Marruecos* y con un prólogo de su colega en la redacción del periódico, Antonio Zozaya, quien elogia la persona y la obra de la periodista en un estilo que hoy nos resulta empalagosísimo y rebuscado. El periódico anunció profusamente la aparición de la obra y el 13 de octubre publicó una reseña firmada por Manuel Machado resaltando las cualidades del texto. De la repercusión pública que tuvo el libro puede dar idea no sólo el banquete-homenaje que se dedicó a su autora⁶³, sino también que presidiera un acto del mismo estilo en honor del jefe de Regulares de Ceuta, Santiago González Tablas, para agradecerle su papel en la salvación de Melilla ante el acoso del ejército rifeño⁶⁴. Hoy día casi completamente olvidada, Escoriaza no

⁶² A. MORENO JUSTE, «'El Socialista' y el desastre de Annual». *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 12 (1990), pp. 103-132.

⁶³ M. PALENQUE, *op. cit.* (2006), p. 369 (con reproducción del poema que le dedicó Luis de Tapia).

⁶⁴ *La Libertad*, 3 de noviembre de 1921. En la reseña del acto se hace constar que Escoriaza pronunció el último de los discursos dedicados a González Tablas (quien habría de morir en combate al año siguiente), despertando tal entusiasmo entre los presentes, que le fueron ofrecidas las flores de la mesa, entre los fervientes aplausos de la concurrencia.

ha recibido una atención comparable a la que ha atraído Carmen de Burgos, cosa explicable porque su producción literaria y periodística fue mucho más reducida y se detuvo a comienzos de los años 30, cuando se instaló definitivamente en Estados Unidos. Sin embargo, de la lectura de su libro/conjunto de crónicas sobre la guerra en el Rif, me parece evidente deducir que el de Escoriaza tiene un interés comparable, si no mayor, con el de Burgos, como trataré de explicar a continuación.

Las crónicas de Escoriaza son un retrato duro de la guerra y sus consecuencias. En común con otros autores que se ocuparon del desastre de Annual, destaca en ellas el tema de la crueldad de los rifeños, pero también muestra una sensibilidad especial hacia asuntos que los periodistas masculinos tocan muy poco o que ignoran por completo. Dos ejemplos, relacionados uno con los soldados españoles y otro con los marroquíes, son muestra de ello. En el primero, la crónica titulada «Cartas perdidas»⁶⁵ se centra en un blindado que hay que abandonar ante un ataque enemigo; allí se queda también el saco de las cartas que llevaba y que se van desperdigando. Es un texto casi poético sobre la correspondencia que no llega a los soldados y la pérdida de todas las expresiones de amor que podrían contener. La anécdota, simple, está muy bien tratada, con justeza de expresión y con una compasión alejada de cualquier sentimentalismo.

En el segundo ejemplo, «La semilla fatal», un niño rifeño es llevado a Melilla desde Nador, en el camión de la Cruz Roja, junto a otros heridos. El niño había sido encontrado junto a la iglesia de Nador, al lado del cadáver de su madre. Escoriaza reflexiona sobre su futuro y sus posibles repercusiones para las relaciones hispano-marroquíes:

La semilla de la guerra. Un niño herido que ha visto morir a su madre junto a él. Cuando este niño crezca ¿qué tendrá que sentir por los que mataron a su madre y a él le hirieron? ¿Y cómo podrá resistir tales sentimientos que habrán de arrastrarle hacia la venganza? Florecerá en él la semilla con la sangrienta flor del asesinato, con la abrasadora flor del incendio, con la ponzoñosa flor de la violación. Otras flores no puede dar la guerra con su semilla fatal⁶⁶.

Es también notable la crónica titulada «La tragedia de los Regulares»⁶⁷, en la que se describe, a través de un caso específico, la disyuntiva en la que se encontraron los miembros de estas fuerzas militares al servicio de España en el momento de la rebelión rifeña contra el ejército al que pertenecían, es decir, la elección entre dos lealtades opuestas, la de su propio pueblo y la del ocupante cuya bandera defendían. Lo interesante de la crónica de Escoriaza es que este conflicto está protagonizado por la madre de un soldado de Regulares que trata en dos ocasiones de convencer a su hijo de que abandone el ejército español, incluso con la aquiescencia, en la

⁶⁵ *La Libertad*, 15 de septiembre de 1921; *Del dolor de la guerra*, pp. 71-75.

⁶⁶ *La Libertad*, 27 de septiembre de 1921; *Del dolor de la guerra*, pp. 113-117.

⁶⁷ *La Libertad*, 7 de septiembre de 1921; *Del dolor de la guerra*, pp. 29-34.

primera de ellas, del coronel Riquelme⁶⁸; en la segunda, la madre se presenta ante las autoridades españolas con un soldado de Ingenieros cautivo por los rifeños al que ayudó a escapar para intercambiarlo con su hijo, que sin embargo persiste en su negativa a abandonar el ejército español.

Puesto que para las fechas en las que se publicó esta crónica, era ya sabido en España que la política de organizar un ejército colonial con tropas reclutadas entre las poblaciones locales había tenido un éxito muy limitado —se calificaba de «traidores» a los soldados rifeños que habían desertado y habían vuelto sus armas contra sus oficiales—, el texto de Escoriaza puede parecer, y sin duda lo era, como un justificante de esa política, que tan castróficas consecuencias había tenido. Aun así, la intervención de la madre del soldado rifeño al servicio de España introduce un elemento que altera la visión generalizada sobre el conflicto de lealtades al que se vieron sometidos los Regulares; el lector de la crónica periodística (y del libro en el que luego se incluyó) podía así entender las motivaciones de una madre rifeña dispuesta a hacer todo lo posible por recuperar a su hijo y, lo que es más importante, su capacidad de acción dentro de su propia sociedad para llegar a este fin. El rechazo del hijo, ejemplo de heroísmo y lealtad a España, es de algún modo socavado por la actividad de su madre, pero ambos son retratados por Escoriaza como personas que se enfrentan a decisiones de gran dificultad y que tratan de resolver el conflicto en el que están inmersos con los escasos instrumentos que tienen a su disposición.

Asuma por tanto, en las crónicas de Escoriaza, un intento de comprensión hacia el enemigo que, si bien circunscrito a los más débiles —niños, mujeres, madres—, rara vez aparece en el torrente de publicaciones que se desató en España tras conocerse el desastre de Annual, la matanza de Monte Arruit y la situación de los prisioneros en manos de Abdelkrim. La opinión pública, espoleada por la prensa y otros medios de comunicación, clamaba venganza y hubo autores que reivindicaron abiertamente el exterminio de todo el pueblo rifeño⁶⁹. Era muy difícil que Escoriaza pudiera escapar a ese clima, particularmente exacerbado en Melilla. Gran parte de sus crónicas está dedicada a describir acciones heroicas de los soldados españoles;

⁶⁸ El coronel José Riquelme López-Bago (1880-1972) estaba al mando de la Oficina de Asuntos Indígenas en esos momentos, y había sido jefe de la policía indígena desde su creación en 1907 hasta 1918.

⁶⁹ Véase el repertorio iconográfico publicado por E. MARTÍN CORRALES, *op. cit.* (2002), pp. 127-145; C. ALMUIÑA FERNÁNDEZ, «El impacto de Annual (1921) y la información gráfica», en A.R. Díez Torre (ed.), *Ciencia y memoria de África. Actas de las III Jornadas sobre «Expediciones científicas y africanismo español. 1898-1998*, Alcalá de Henares-Madrid, Universidad de Alcalá-Ateneo de Madrid, 2002, pp. 403-416; J.J. LÓPEZ BARRANCO, *op. cit.* (2006), p. 339ss (sobre el impacto de Annual en las obras de carácter narrativo); J.M. MARTÍNEZ MILÁN y J. GUERRA HERNÁNDEZ, «El desastre de Annual a través de la prensa canaria: una breve introducción». *Boletín de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife*, núm. extra 1 (2010), pp. 377-392; G. RUIZ LLANO, «Álava ante el desastre de Annual». *Sancho el Sabio*, vol. 32 (2010), pp. 145-166.

en una de ellas manifiesta su admiración por la Legión y su valeroso comandante, Francisco Franco⁷⁰.

Cuando Escoriaza realmente deja de lado, y así lo dice expresamente, sus convicciones pacifistas, mostrándose partidaria de castigar implacablemente a los rifeños es en la crónica nº 11, titulada «Barbarie inaudita», en la que relata el martirio sufrido por una joven española capturada por el enemigo y sometida a toda clase de ultrajes y mutilaciones, a consecuencia de lo cual muere al poco de ser devuelta a los españoles. Escoriaza termina así su tremendo relato:

No, no hay posibilidad de conservar el juicio ante ese acto de inaudita barbarie. ¡Castigo! ¡Venganza! Después consideremos hasta qué punto tienen razón para combatirnos los moros; después veamos la labor diplomática que se debe hacer para atraerles a la sumisión; después estudiaremos el modo de ejercer el protectorado, la intervención, el trato comercial... ¡Después! Antes ha de aplicarse la sanción que merecen martirios como el sufrido por esta inocente criatura⁷¹.

En mi opinión es significativo que, entre todas las atrocidades que se cometieron en esta primera parte de la guerra del Rif por ambos lados, sea la violación de una muchacha la que Escoriaza escogiera para unirse al coro de quienes clamaban por el castigo inmisericorde de los rifeños. Por debajo de la inevitable retórica que requería el momento, se registra aquí una particular sensibilidad hacia el tema de la violación, que no se encuentra tan acusada en las reacciones de otros periodistas masculinos a casos semejantes, como fue el famoso de la melillense Carmen Úbeda, prisionera de los rifeños y que conoció una gran repercusión popular, pero dentro de unos parámetros de expresión más circunspectos⁷². Sin olvidar, por otro lado, que la historia relatada por Escoriaza, aunque se hubiera basado en un hecho real, podría haber sido amplificadada y difundida con detalles de enorme crueldad destinados a producir espanto y rechazo entre la población melillense, que se había visto abandonada por su guarnición tras la catástrofe, creando así una psicosis generalizada de miedo y revulsión.

Aun dentro de un mismo contexto bélico, la encrucijada en la que se encontró Teresa de Escoriaza en 1921 reviste caracteres más trágicos que los experimentados por Carmen de Burgos en 1909. Más agudamente que en el caso de Colombine, Escoriaza tuvo que responder a múltiples y enfrentados requerimientos: su adhesión al proyecto colonial español en Marruecos, sus convicciones pacifistas, la realidad cruel de una guerra brutal, el clamor español de venganza, su papel profesional como periodista y su propia condición de mujer. Todo ello y mucho más que nunca llegaremos a conocer condiciona una escritura testimonial en la que los factores que

⁷⁰ J.E. ÁLVAREZ, *The Betrothed of Death. The Spanish Foreign Legion During the Rif Rebellion, 1920-1927*. Westport-Londres, Greenwood Press, 2001.

⁷¹ *La Libertad*, 16 de septiembre de 1921; *Del dolor de la guerra*, pp. 77-81.

⁷² F. BASALLO, *Memorias del cautiverio (julio 1921 a enero 1923)*. Madrid, Mundo Latino, [1924], y T. SEGADO GÓMEZ, *El cautiverio de Basallo y Carmen Úbeda*. Melilla, Telegrama del Rif, 1923.

acabo de señalar se entremezclan y producen una serie de textos que son sobre todo valiosos por su carácter inmediato: lo que se lee es, sin duda, el resultado complejo y directo de unas experiencias de gran impacto. Volcadas en la crónica, sin tiempo para la reflexión meditada y en la pluma de alguien que no conocía Marruecos con anterioridad, estas experiencias resultan ser como instantáneas fotográficas de situaciones límite, presididas por el dolor, la violencia, la tortura y la muerte.

MARGARITA RUIZ DE LIHORY (1889-1968)

Exacta contemporánea de Escoriaza, Margarita Ruiz de Lihory tuvo una trayectoria vital muy diferente, y aunque ambas coincidieron en su ejercicio de la profesión periodística en la guerra de Marruecos, los resultados que produjeron son tan dispares como lo son sus respectivas personalidades.

En los últimos años de su vida, Ruiz de Lihory se vio envuelta en un sonoro «suceso» relacionado con la muerte de su hija (el llamado «caso de la mano cortada»), que saltó a las páginas de la prensa sensacionalista y le proporcionó una celebridad de tintes morbosos. Todo ello ha sido muy bien relatado y analizado, junto a una amplia presentación de su biografía, en una obra reciente a la que remito⁷³, limitándome aquí a una breve reseña de la vida y actividades de Ruiz de Lihory, centrándome después en su faceta de corresponsal de guerra en Marruecos.

Perteneciente a una familia valenciana con título de nobleza, Ruiz de Lihory creció en un entorno cultivado y acomodado: su padre, José María Ruiz de Lihory y Pardines, barón de Alcahalí (1852-1920), participó activamente en la política de su tiempo y en el movimiento de la Renaixença valenciana, como presidente de Lo Rat Penat y como autor de obras eruditas sobre la cultura valenciana. En ese ambiente, no es de extrañar que Margarita fuera escogida como reina de los Juegos Florales de 1907, en representación de la Infanta Isabel, momento cumbre de su temprana biografía de la que se conserva representación gráfica⁷⁴. Casada muy joven con Ricardo Shelly, tuvo cuatro hijos entre 1911 y 1917, pero tras la muerte de su padre se separó de su marido, dejó los hijos al cuidado de su madre e inició una vida itinerante y de ambiciosos horizontes, basados en la explotación de sus cualidades personales: era, sin duda, una mujer de grandes dotes, muy hermosa y muy inteligente, que consiguió destacar como periodista, como pintora, como abanderada de los derechos de las mujeres y como aventurera, que de todas estas maneras se la describe en los relativamente abundantes testimonios que se han conservado sobre ella.

⁷³ C. POLO GRIÑÁN, *Sangre azul. Vida y delirio de Margarita Ruiz de Lihory*. Valencia, Universitat, 2010. C. POLO es también autor de dos artículos sobre el mismo tema: «La marquesa delirante: necrofilia, esoterismo y alienígenas en Albacete durante los años cincuenta», en J. MARTÍNEZ PÉREZ ET ALII (eds.), *La gestión de la locura: conocimiento, prácticas y escenarios (España, siglos XIX-XX)*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2008, pp. 373-404, y «Margarita Ruiz de Lihory, una azarosa biografía». *Debats*, vol. 108 (2010), pp. 88-97.

⁷⁴ *ABC*, 10 de agosto de 1907.

Dejando atrás su tradicional papel como esposa y madre, Ruiz de Lihory consiguió «reinventarse» en Madrid como periodista, utilizando sus relaciones sociales y su condición de aristócrata. Se convierte entonces en «Margarita Alcahalí», una especie de seudónimo que reivindica el título paterno, al que en puridad no tenía derecho, pues le correspondía a su hermana mayor. Pero el perfume nobiliario del nombre nunca la abandonó, en paralelo a su creciente autorrepresentación como defensora de pobres y desvalidos, que asume en alguna entrevista periodística, en la que afirma haberse licenciado en Derecho para cumplir esa excelsa tarea de la abogacía⁷⁵. Mientras tanto, viajaba, daba conferencias, afirmaba su intención de convertirse en actriz⁷⁶ o estudiaba canto en Estados Unidos⁷⁷, donde había triunfado, al parecer, como pintora (hizo un retrato del presidente Calvin Coolidge)⁷⁸.

De toda esta vorágine de actividades diversas, a las que Ruiz de Lihory supo dotar de una proyección pública de llamativo alcance, nada o casi nada habría quedado para la posteridad de no ser por su clara voluntad de alcanzar un lugar de prestigio en el ámbito del periodismo. Y esto lo consiguió, principalmente, a través de su trabajo como corresponsal de guerra en Marruecos. De entre todo lo que publicó al respecto he seleccionado su trabajo para *La Correspondencia de España*, con alguna otra adición, por ser el que de manera más consistente permite apreciar su aportación como corresponsal de guerra; a ello añadiré sus muy reelaborados recuerdos de su experiencia marroquí, publicados en *Domingo* en abril-mayo de 1954.

Entre agosto y diciembre de 1922, Ruiz de Lihory publica una serie de crónicas en *La Correspondencia de España* cuyos envíos proceden indudablemente de estancias en Marruecos, aunque puede que algunos fueran escritos con posterioridad a su vuelta. La primera de estas crónicas se publicó el 15 de agosto de 1922, con el título «Del rotundo fracaso a una esperanza sincera», en primera página y acompañado de una noticia destacada por el periódico, que hacía constar cómo habían conseguido convencerla para que les enviara artículos desde Marruecos, llamándola «ilustre dama perteneciente a noble familia española» y «escritora de brillante pluma». Este primer artículo de Ruiz de Lihory es interesante porque en él

⁷⁵ *La Libertad*, 15 de julio de 1933 (entrevista por Blanca Silveira-Armesto); *Luz*, 22 de junio de 1933; *ABC*, 26 junio 1933. En la entrevista publicada en *La Libertad*, Ruiz de Lahory reivindicaba además la participación de las mujeres en la política, en los siguientes términos: «Dicen los hombres que aún necesitamos una sólida preparación, y ante esto se me ocurre una pregunta: La mitad de los hombres que están metidos en política ¿se hallan preparados? ¿Sirven, por sus conocimientos, para salvar la patria? No. Y entonces, ¿a qué ese temor? Y también, ¿por qué ese desconocimiento del corazón de la mujer?».

⁷⁶ *La Libertad*, 10 de enero de 1925 y *El Imparcial*, 14 enero de 1925.

⁷⁷ *ABC*, 6 de febrero de 1927.

⁷⁸ *ABC*, 26 de septiembre de 1926 (artículo de Miguel de Zárrega, «El sol de Valencia y el espíritu inquieto de una mujer excepcional», que reseña la inauguración de una exposición suya en Boston). Hay huellas anteriores de su actividad como pintora en la prensa madrileña, que informa de su participación en la Exposición Nacional de Bellas Artes en 1922 y del banquete-homenaje que se le ofreció con tal motivo (*La Libertad*, 28 de junio de 1922; *El Sol*, 16 de julio de 1922; *La Voz*, 18 julio 1922; *El Imparcial*, 21 de julio de 1922; *Mundo Gráfico*, 26 de julio de 1922, etc.).

manifiesta una especie de programa sobre lo que pretende hacer como corresponsal de guerra. Se dirige directamente a las mujeres españolas y sobre todo a las madres, en cuyo portavoz pretende constituirse «para que levanten el espíritu en sus hogares e inculquen a sus hijos la idea de patria»; no sólo eso, sino que reprocha a algunas de esas madres que traten por todos los medios de evitar que sus hijos participen en la guerra, ya que en el esfuerzo por derrotar al enemigo deben colaborar por igual todas las clases sociales⁷⁹.

El caso es, sin embargo, que todo este programa desaparece, en uno de los muchos quiebros de Ruiz de Lihory, en los siguientes artículos, que llegan hasta el 21 de febrero de 1923⁸⁰. Parece ser que en este periodo hizo varios viajes a Marruecos, según se desprende de las indicaciones que da ella misma o que aparecen señaladas en el periódico, pero sin que pueda precisarse su número exacto. Tanto desde el terreno de las operaciones como desde Madrid, los artículos de Ruiz de Lihory sobre Marruecos adoptan un tono muy distinto al de la primera entrega. Aunque alguna información de prensa afirma que, tras los combates en Tizzi Azza, la «baronesa de Alcahalí» ayudó a los médicos a cuidar a los heridos en el hospital de Dar Drius⁸¹, este aspecto de su actividad no se refleja en sus propias crónicas, en las que abandona cualquier referencia a la abnegación y dedicación cuidadora de las mujeres o a las madres como fuente de inspiración patriótica, para escribir sobre las implicaciones políticas del conflicto y el desarrollo de los acontecimientos bélicos. En ese sentido, sus crónicas están al mismo nivel que las de los muchos otros corresponsales de guerra masculinos que pululaban en torno al ejército y se diferencian claramente de las de Escoriaza. Destaca también, en ese conjunto de crónicas, la atención prestada al general Burguete⁸², de cuya política se muestra ardiente partidaria y al que dedica una entrevista claramente reelaborada tras su realización, para mostrar, entre otras cosas, la vinculación heroica entre la acción en Marruecos y la

⁷⁹ Hay aquí una intención clara de censurar el sistema de los «soldados de cuota», a los que por un pago en metálico se les reducía el tiempo de prestación del servicio militar y se les permitía elegir el regimiento donde llevarlo a cabo; v. N. SALES DE BOHIGAS, «Servicio militar y sociedad en la España del siglo XIX», en *Sobre esclavos, reclutas y mercaderes de quintos*, Barcelona, Ariel, 1974, pp. 209-277. Muchos de estos soldados de cuota tuvieron que ir finalmente a combatir en Marruecos para suplir la enorme cantidad de bajas causadas en Annual; un testimonio contemporáneo, en F. HERNÁNDEZ MIR, *La tragedia del cuota (una escuela de ciudadanos)*. Madrid, Pueyo, 1922.

⁸⁰ Son los siguientes, además del ya citado: «De Marruecos. Las operaciones» (28/08/22); «Una entrevista con Burguete» (02/09/21); «Burguete a Marruecos» (05/09/22); «Hechos y fechas» (11/09/22); «Desde Melilla. Rescate de prisioneros y noticias que nos aportan» (22/09/22); «Hechos que desmienten dichos» (03/10/22); «Marruecos. Reducción del problema a sus términos reales» (20/10/22); «Los regulares» (23/10/22); «Los de Alhucemas...» (02/11/22); «Cómo se desarrolló el combate entre la harka de Abd-el-Krim y la columna del Sr. Coronel» (03/11/22); «El alto mando no fortifica Afrau» (28/11/22); «El rescate y sus responsabilidades» (21/02/23).

⁸¹ *La Vanguardia*, 4 de noviembre de 1922.

⁸² Ricardo Burguete Lana (1871-1937), general de división, Alto Comisario de España en Marruecos entre el 15 de julio de 1922 y el 13 de julio de 1923, con amplia experiencia en las guerras coloniales españolas, desde Cuba y Filipinas hasta Marruecos. Véase M.R. DE MADARIAGA, *Marruecos, ese gran desconocido. Breve historia del protectorado español*. Madrid, Alianza, 2013, pp. 135-137.



memoria del romancero medieval que describe las luchas contra «el musulmán». La retórica imperialista que dominaba la prensa española del momento encuentra en Ruiz de Lihory una expresión sin fisuras: en sus propias palabras, lo que se necesita en Marruecos es alguien que, como Burguete, vaya *a pegar (sic)* y que demuestre a los rifeños los valores de nuestra raza⁸³.

La personalidad algo camaleónica de Ruiz de Lihory, con su gran capacidad para adaptarse a las circunstancias y sacar el mayor provecho de ellas, se manifiesta en esta identificación con el más alto dirigente de la política y la milicia españolas en Marruecos, donde mantuvo su tendencia natural a incorporarse a los grupos de élite de cada ambiente en el que se movía. Otro ejemplo notable de ello es que, cuando en junio de 1923 se organizó en Madrid un banquete-homenaje a Francisco Franco con motivo de su ascenso al grado de teniente coronel y habersele encomendado el mando de la Legión, Ruiz de Lihory se sentó a su derecha. En el discurso final del acto, pronunciado por Víctor Ruiz Albéniz, el orador afirmó que debía hacerse un homenaje a la mujer española, simbolizada en la «baronesa» de Alcahalí, en las madres de Valenzuela⁸⁴ y de Franco, y «en la abnegada prometida de éste, que ha sabido sacrificar su amor ante el deber imperativo exigido por la Patria»⁸⁵.

Volviendo a las crónicas marroquíes de Ruiz de Lihory, otro aspecto que llama la atención en ellas es su clara voluntad de presentarse no sólo como analista de la situación, sino como parte activa en su desarrollo y, en todo caso, como conocedora de intrigas y asuntos semisecretos. Así, en la crónica del 11 de septiembre de 1922, se hace eco de las acusaciones que circulaban contra el gran visir del jalifa (representante del sultán en la zona del protectorado español), a quien habría querido envenenar «como ya ocurrió con su pobre favorita», añadiendo a la especie un toque de orientalismo muy adecuado para atraer la atención de sus lectores⁸⁶. Más interesante es, con todo, su supuesta intervención para organizar una entrevista en Málaga entre el ex-sultán de Marruecos, Mulay `Abd al-Hafiz (r. 1908-1912), y el general Burguete, de la que se hicieron eco algunos periódicos españoles⁸⁷. El propio `Abd al-Hafiz desmintió públicamente la participación de Ruiz de Lihory, a la que apenas conocía más allá de una visita que le había hecho, en la entrevista con Burguete, que sí reconoció pero a la que descargaba de todo interés político⁸⁸. Pero el asunto empezaba a desbordarse y Ruiz de Lihory envió a *El Sol* un largo texto (resumido en su publicación) en

⁸³ *La Correspondencia de España*, 5 de septiembre de 1922 («Burguete a Marruecos»).

⁸⁴ El teniente coronel Rafael Valenzuela, jefe de la Legión, acababa de morir, el 5 de junio, en el combate de Tizzi Azza (v. J. ÁLVAREZ, *op. cit.*, 2001, pp. 87-88), dando paso al nombramiento de Franco al frente de la Legión.

⁸⁵ *El Globo*, 16 de junio de 1923. Otra reseña del homenaje, que también menciona la presencia de Ruiz de Lihory, en *El Sol*, 15 de junio de 1923.

⁸⁶ El rumor sobre el pretendido envenenamiento del jalifa fue ampliamente desmentido después, v. V. Ruiz Albéniz, *Por tierra de moros. Artículos publicados por el Tebib El Arrumi en «Informaciones» en mayo de 1931* (con motivo del fallecimiento del gran visir).

⁸⁷ *El Sol*, 24 de septiembre de 1922, y *La Voz*, 23 septiembre 1922.

⁸⁸ *El Sol*, 27 de septiembre de 1922.

el que afirmaba categóricamente no haber presentado a Burguete al ex-sultán, dejando en el aire, no obstante, qué otras intervenciones podría haber llevado a cabo. Pero sobre todo insiste en la falsedad del rumor según el cual ella habría exigido «una fuerte cantidad por mis servicios en favor de los prisioneros», para a continuación extenderse en su convencimiento de que el servicio a la patria debe ser siempre altruista, aunque por otro lado, es lícito en su opinión recibir recompensas económicas por los servicios prestados a otras naciones, siempre y cuando no perjudiquen a la propia⁸⁹.

Ha de recordarse aquí que la difícil cuestión del rescate de los prisioneros españoles intervinieron, junto a los esfuerzos de la administración, diversos agentes particulares, tanto marroquíes como españoles, cuyas motivaciones no siempre pudieron calificarse estrictamente de «altruistas»⁹⁰. En ese contexto, los rumores sobre Ruiz de Lihory podrían haber carecido (o no) de base, pero lo que parece seguro es que ella trató de utilizar su amistad con Burguete y su conocimiento del ex-sultán de Marruecos para superar el mero papel de corresponsal de guerra y tomar una parte activa, aunque secreta, en negociaciones de carácter político. La pretensión de Ruiz de Lihory, con sus borrosos márgenes en los que se funden un cierto aventurerismo y labores de espionaje, puede reconocerse, con los matices diferenciales que corresponden a cada caso, en otras trayectorias de mujeres que en la primera mitad del siglo xx tuvieron un papel más o menos relevante en la política colonial europea en el mundo árabe-islámico. En lo que se refiere a Marruecos, el paralelo más evidente con Ruiz de Lihory es el de Rosita Forbes (1893-1967), cuya biografía de al-Raysûni sigue teniendo interés⁹¹. Sin olvidar otros ejemplos del mismo estilo, como los de Gertrude Bell y Freya Stark en Oriente Medio, ambos muy vinculados a la expansión colonial británica, tampoco se debe dejar de mencionar el llamativo caso de Marga d'Andurain, quizá más similar al de Ruiz de Lihory en algunos aspectos⁹². Es decir, que la expansión del colonialismo europeo abrió un cauce, no por estrecho menos importante, para que algunas mujeres se hicieran un espacio propio en el que confluyen, en grado diverso, acción política, exploración, periodismo y escritura, espionaje y maniobras de intermediación.

Las crónicas de Ruiz de Lihory en *La Correspondencia* dejan traslucir su voluntad de presentarse como experta en el tema marroquí y poseedora de autoridad

⁸⁹ *El Sol*, 17 de enero de 1923.

⁹⁰ Sobre las actuaciones para el rescate de los prisioneros, v. M.R. DE MADARIAGA, *Abd el-Krim el Jatabi. La lucha por la independencia*. Madrid, Alianza, 2009, pp. 308-326.

⁹¹ *El Raisuni, the sultan or the mountains: his life story*, London, Thornton Butterworth, 1924. Se tradujo al español en 1937 y se ha publicado de nuevo en Córdoba, Almuzara, 2010. Curiosamente, en el núm. de septiembre-octubre de la *Revista Hispano-africana*, II, 1923, p. 280, apareció una noticia sin firma sobre el viaje de Rosita Forbes para entrevistar a al-Raysûni, quitando importancia a la empresa de la viajera inglesa, ya que, se afirma, gracias a la paz impuesta por España cualquiera puede hacer una entrevista semejante sin la menor dificultad. La aparición de esta nota coincide con el periodo de colaboración de Ruiz de Lihory con la revista, como se verá en seguida, y hace sospechar si no fuera ella su autora.

⁹² Véase sobre ella C. MORATÓ, *Cautiva en Arabia*. Barcelona, Debolsillo, 2012.

en el asunto que en esos momentos dominaba la escena política y militar española. Puede decirse que realizó este perfil mediante su colaboración en la *Revista Hispano-Africana*, órgano de la Liga Africanista Española, en la que publicó dos artículos que no carecen de interés a este respecto. El primero de ellos, «Algeciras y el Estrecho de Gibraltar»⁹³, reivindica la necesidad de convertir a Algeciras en el punto clave de la acción colonial española en Marruecos, a la que inserta en una trayectoria histórica de largo alcance y en un africanismo que recuerda los planteamientos de Gonzalo de Reparaz⁹⁴. El segundo es un intento de creación literaria, una especie de leyenda creada por su autora y que, bajo el título «De la vida marroquí. Luna llena»⁹⁵, anuncia la inevitable derrota de los rifeños ante el empuje de España, utilizando para ello la figura inventada de un santo musulmán que, después de haber predicado por los zocos la guerra contra el invasor, permanece ahora mudo y, por un milagro de Allah, convertido en piedra. Ninguno de los dos textos desentona en la *Revista Hispano-Africana*, quizá la publicación de mayor calidad y ambición africanista de su época, en la que colaboraban, por el tiempo en que Ruiz de Lihory publicó en ella, desde Américo Castro hasta ilustres representantes del colonialismo hispano, como Clemente Cerdeira o Ángel Cabrera. En toda la historia de la revista (que se publicó de 1922 a 1931), «Margarita Alcahalí» es la única firma de mujer que aparece en ella, lo que dice mucho sobre su capacidad para introducirse en los cotos cerrados del mundo de los expertos en colonialismo y sus derivaciones político-militares.

El 2 de enero de 1924, no mucho después de haber conseguido este espaldarazo profesional, se publica en *La Correspondencia de España* un artículo que reproduce otro del *Excelsior* mejicano⁹⁶ y que ofrece la versión que la propia Ruiz de Lihory daba de su actividad en Marruecos: según ella, estuvo de 1921 a 1922 en Marruecos, agregada al cuartel general del Alto Comisario, general Burguete; entró en Arcila con el ejército español y llegó hasta el palacio de al-Raysûnî; para poder estar con las tropas en los combates, se convirtió en enfermera. Pero ahora, declara, la guerra en Marruecos ya no tiene interés y por eso ha ido a América, donde tiene contratadas conferencias en varios países y planea hacer estudios sobre el feminismo⁹⁷.

En efecto, no será hasta mucho después en la vida de Ruiz de Lihory cuando vuelva a resurgir su memoria del tiempo pasado en Marruecos. Todo era muy diferente: en la primavera de 1954, en pleno escándalo por las circunstancias de la muerte de su hija y recién salida de una estancia en el psiquiátrico penitenciario,

⁹³ *Revista Hispano-Africana*, febrero de 1923, año II, núm. 2, pp. 39-40.

⁹⁴ Sobre Reparaz (1860-1939), v. G. NERÍN, «Gonzalo de Reparaz, el africanista errante», en Y. AIXELÀ, L. MALLART y J. MARTÍ (eds.), *Introducción a los estudios africanos*, Vic, Ceiba, 2009, pp. 15-29.

⁹⁵ *Revista Hispano-Africana*, mayo de 1923, año II, núm. 5, pp. 142-143.

⁹⁶ «Margarita de Alcahalí, en Méjico».

⁹⁷ Sobre la estancia en América de Ruiz de Lihory, v. C. POLO GRIÑÁN, *op. cit.* (2010), pp. 150-162 (con reproducción de un fragmento de las memorias de Indalecio Prieto en el que se da una visión de la «baronesa» como mujer aventurera y de accidentada vida amorosa, dándose incluso por supuesto que había sido amante del ex-sultán de Marruecos, Mulay `Abd al-Hafiz).

Ruiz de Lihory publica una serie de artículos en el semanario *Domingo*, dirigido por Luis Antonio de Vega (1900-1977), periodista y escritor con un largo currículum de publicaciones de carácter africanista (y culinario). Estos artículos han sido calificados, con razón, como una magnífica maniobra de autopropaganda⁹⁸, destinada a resaltar sus pasados servicios a España en contraste con la injusta campaña que se había desencadenado contra ella⁹⁹.

En estos artículos, junto a algunos destellos de experiencias personales que parecen auténticas, se asiste a una novelización de su actividad en el conflicto bélico en el Rif en la que Ruiz de Lihory se transforma en un personaje de aires cinematográficos, que va de aventura en aventura, escapa a las amenazas de sus perseguidores y consigue rescatar importantes documentos para la misión secreta que se le había encomendado por el mando. El broche final a este cúmulo de disparates folletinescos, en el que no falta la imprescindible referencia al cautiverio de una mujer europea por salvajes africanos u orientales¹⁰⁰, consiste en su pretensión de haberse entrevistado con el mariscal Lyautey, Residente General del protectorado francés de 1912 a 1925, que habría reconocido en ella al misterioso «capitán Ali» y sabía muchas cosas de su vida en Marruecos, como «situaciones más cerca de los moros, sobre todo cuando el rescate de prisioneros, mis visitas al Raisuli, mi amistad con Abd El Krim, mis encuentros con Muley Hafid y otras miles de cosas más, o mejor, del capitán Ali».

Es difícil saber hasta qué punto Luis Antonio de Vega participó en estas recreaciones fantasiosas del pasado de Ruiz de Lihory en Marruecos —algunos de los títulos de sus artículos parecen sacados directamente de las novelas de ambiente marroquí de Vega—, pero en todo caso parece claro que los artículos publicados en *Domingo* con la firma de Ruiz de Lihory tienen poco que ver con los que había escrito treinta años antes. En común mantienen, no obstante, la necesidad de reafirmar su adhesión y compenetración con las figuras más representativas del poder político, desde Lyautey, en un pasado recreado, a Franco, en un presente que incluye recuerdos a la intervención de las tropas «moras» en la «cruzada de liberación». El tema del espionaje y la intriga política subterránea, apenas esbozado o aludido en sus crónicas a *La Correspondencia*, adquiere ahora una categoría fundamental para su «autopropaganda» que es lo mejor que puede decirse de estos textos tan ligados, por otro lado, a los más significativos clichés de la historiografía franquista sobre

⁹⁸ *Ibidem*, p. 116. Polo resume el contenido de estos artículos en el capítulo de su obra titulado «Misión especial en Marruecos», pero no parece haber consultado las crónicas y artículos de Ruiz de Lihory en 1922-1923, que dan, como se ha visto antes, una visión muy diferente de su experiencia marroquí.

⁹⁹ Los artículos publicados en *Domingo* son los siguientes (bajo el título general «De mis recuerdos de África»): «La verdad va apareciendo, y la mentira se disipará como un vapor ligero» (04/04/54); «En un pétalo de rosa hay sitio para diez mil ángeles» (11/04/54); «Gibraltar, en la orilla de los bellos sueños» (18/04/54); «Tánger, en misión especial» (25/04/54); «Yo estuve prisionera de los moros» (02/05/54); «Cuando yo era 'El capitán Ali' conocí al mariscal Lyautey» (09/05/54).

¹⁰⁰ El tópico, no obstante, sigue funcionando: recuérdese que la obra de C. Morató sobre M. d'Andurain lleva, precisamente, el título de *Cautiva en Arabia*, cuando la circunstancia de su prisión es sólo un episodio dentro de una larga y aventurera biografía.

Marruecos¹⁰¹. El delirio diagnosticado por su biógrafo/psiquiatra, C. Polo Griñán, no sólo se extendió a sus actuaciones personales sino también, como es lógico, a sus publicaciones. Aun así, debe señalarse que en las necrológicas publicadas tras la muerte de Ruiz de Lihory, se hacía constar, junto a su condición aristocrática, su carácter de «veterana periodista», vinculado a sus primeras crónicas desde Marruecos, lo más válido, aun hoy, de su accidentada carrera profesional y personal¹⁰².

CONCLUSIONES

Las biografías de estas cuatro periodistas/escriptoras tienen, dentro de su diversidad personal, puntos comunes que permiten analizar sus trayectorias no sólo como vidas extraordinarias (que sin duda lo fueron), sino como representativas de la evolución del creciente papel público de las mujeres en la España de las primeras décadas del siglo xx. Todas mantuvieron una actividad profesional autónoma, como autoras de artículos periodísticos o novelas, o bien activas en otros ámbitos artísticos, en la radio o en la enseñanza. Su experiencia como corresponsales de guerra se limitó a un periodo breve de sus vidas, pero produjo una serie de publicaciones de gran valor testimonial, en un ámbito que las convenciones sociales de su época consideraban estrictamente reservado a los hombres. No ha de extrañar, por tanto, el compromiso feminista de todas ellas, que se extiende por un arco ideológico amplio, en el que se incluyen las posiciones conservadoras de González Ramos y Ruiz de Lihory. Cabe también señalar aquí que tanto Burgos como Ruiz de Lihory abandonaron a sus maridos y/o a sus hijos, que Escoriaza permaneció soltera toda su vida, o que de la relación matrimonial de González Ramos se tienen escasísimas noticias; es decir, que todas ellas mantuvieron un perfil personal muy alejado de los cánones vigentes en su tiempo para las vidas de las mujeres.

De los tres aspectos que se pretendían estudiar en este artículo, la combinación de colonialismo y periodismo, situada en un contexto bélico, produce resultados que están lejos de sorprender al lector actual. Ninguna de estas mujeres discute o pone en cuestión la legitimidad de la presencia española en el norte de Marruecos, como tampoco lo hicieron sus colegas masculinos. La entusiasta adhesión a los hechos heroicos del ejército español puede ser más o menos acusada, pero siempre está

¹⁰¹ Sobre la imaginaria cinematográfica a este respecto, v. S. MARTÍN-MÁRQUEZ, *op. cit.* (2008) y A. ELENA, *La llamada de África. Estudios sobre el cine colonial español*. Barcelona, Bellaterra, 2010.

¹⁰² *ABC* (edición de Sevilla) y *La Vanguardia*, 16 de mayo de 1968. La figura de Ruiz de Lihory tiene actualmente una presencia llamativa en internet y en otros foros (C. POLO GRIÑÁN, *op. cit.* (2010), pp. 207-240). Entre los muchos temas con los que se la vincula, habría que destacar, por su relación con Marruecos, su pretendida amistad con Abdelkrim (hay quien llega a afirmar que fue amante suya) y sus conocimientos sobre magia negra y venenos, aprendidos según se dice durante su estancia en el Rif. Si el primer aserto carece de toda verosimilitud, el segundo evoca creencias que circularon en la literatura colonial española (F. Carcaño, «La yerba de Beni-Urriaguel», *El Telegrama del Rif*, 6 de julio de 1923; M. QUECEDO ORTEGA, *Recuerdos de Marruecos. Villa Sanjurjo y el Rif Central en 1931*). Melilla, Consejería de Cultura y Festejos, 2008, pp. 182-183.

ahí y permanece como telón de fondo de unas crónicas que, no hay que olvidarlo, estaban sometidas a la censura militar y de las que se esperaba que contribuyeran a enardecer a la opinión pública, cada vez más reticente a aprobar la sangría económica y en vidas de soldados que costaba la intervención en Marruecos.

Ahora bien, cuando en este panorama se introduce la variable de género, las cosas empiezan a tomar otro cariz. Si de la tragedia de Annual y su contexto se derivaron las mejores narrativas hispánicas sobre el horror de la guerra colonial, cuya autoría corresponde a Ramón Sender, José Díaz Fernández y Arturo Barea¹⁰³, los testimonios de las periodistas corresponsales de guerra desde 1909 a 1923 contribuyen a matizar un panorama monolítico del que se apartan para introducir, en mayor o menor medida, lo que puede considerarse como una visión condicionada por su género: del mismo modo que los periodistas masculinos se identifican con las acciones heroicas del ejército, ellas (que también lo hacen) añaden un elemento que les es propio y que pertenece a la imagen que la sociedad de su tiempo esperaba de las mujeres: su aceptación de que les corresponde ser la clave de la vida familiar —en contra de sus propias vivencias, al menos en algún caso—, y que, transportadas a un contexto bélico, deben perpetuar allí sus cualidades como cuidadoras y madres.

Esta imagen no es estática, naturalmente: está sometida a las variaciones históricas e ideológicas que condicionaron las actuaciones de cada una de las corresponsales de guerra aquí estudiadas, a lo que hay que añadir sus circunstancias personales. Así, la conjunción «madres españolas de soldados/dolor de la guerra/enfermeras como ángeles de piedad» tiene su mayor expresión en González Ramos, pero ya había aparecido en Burgos y se puede reconocer en Escoriza y, aunque en menor medida, también en Ruiz de Lihory. La función maternal como elemento indisoluble del papel social de las mujeres resistió a la progresiva sustitución del estereotipo del «ángel del hogar», por el de la «mujer moderna», con vida propia y costumbres nuevas y con una progresiva inserción en ámbitos profesionales hasta entonces reservados a los hombres¹⁰⁴.

Al combinar el análisis de género con la ideología colonial, el resultado es igualmente llamativo. Presentes, aunque por breve tiempo, en el centro de un conflicto militar, las imágenes que transmiten las corresponsales de guerra españolas sobre las mujeres rifeñas son, o bien inexistentes, o bien teñidas por la necesidad de manifestar un patriotismo nacional indiscutible, en cuya base se manifiesta una argumentación que establece jerarquías de civilización entre españoles y «moros». Es Carmen de Burgos quien más explícitamente se extiende en ese sentido, denegando a las rifeñas cualquier comunidad de sentimiento con las españolas, pero quienes la sucedieron como testigos de las guerras de Marruecos no se apartaron gran cosa

¹⁰³ Para la historiografía sobre Annual, v. P. LA PORTE, «El desastre de Annual, ¿un olvido historiográfico?». *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 19 (1997), pp. 223-230.

¹⁰⁴ G. GÓMEZ-FERRER MORANT, *Historia de las mujeres en España: siglos XIX y XX*. Madrid, Arco Libros, 2011, pp. 47-48. Desde un punto de vista sustentado en testimonios literarios, véase asimismo M.T. BORDONS GANGAS, *Mujeres modernas: género, historia y literatura en España en los primeros treinta años del siglo XX*. Alcalá de Henares, Ayuntamiento, 2005.

de esa apreciación demoledora. El dolor de la guerra, la tragedia del conflicto, la invocación al pacifismo, son tantos otros temas que se invocan al tratar de la muerte que aguarda a los soldados españoles y al padecimiento de sus madres y esposas, pero que se ignoran (o que sólo aparecen, marginalmente, en alguna de las crónicas de Escoriaza) a la hora de considerar los efectos que la guerra colonial tuvo entre las mujeres rifeñas.

